

STELLA CORVALAN

LA LUNA ROTA



MADRID
1957

Yo admiro mucho el hermoso libro de STELLA CORVALÁN, de un lirismo profundo y auténtico, titulado, tan acertadamente, SINFONÍA DE LA ANGUSTIA. Tiene razón la autora en decir que hay en ella un grito, una canción y un rezo. Es siempre uno de estos tres acentos el que se escucha en sus poemas.

Me sorprende el sentido trágico de su inspiración, esa rebeldía contra el mundo actual donde *todo muere*, y veo que ella está *apretada de sed*, sed de justicia, bondad y pureza.

Yo la he seguido en su peregrinaje por el que ha sido bautizada *errante* y me siento emocionado con la poesía que le ha inspirado Francia.

JEAN SARRAILH,
Rector de la Sorbonne.
FRANCIA

La angustia de STELLA CORVALÁN no es una angustia negra, ni turbia de lágrimas. Toda ella es de luz... ¿Y cómo, si no, habría podido ser la *cristiana errante*, a la vez *triste y eufórica*, que nos presenta Giovanni Papini en el pórtico de su libro?

El Señor nos depare angustias como la suya, que, lejos de convertirla en un ser apático, abúlico y hermético, le otorga esa maravillosa fuerza espiritual y el consiguiente vigor físico que la impulsan a peregrinar por las naciones de más de la mitad de la tierra e ir cantando en todas su canción, que no es sólo una canción doliente, porque si lo fuera no existirían, aquí y allá, en su SINFONÍA, acordes y motivos, que exaltan el hechizo de tal paisaje, la gracia de tal rostro y el misterio de una sonrisa. Además, digámoslo, cierto género de tristezas es claridad, es desprenderse con dolor de sí mismo para entender mejor a los demás. Y así, puede partir la estelar poetisa para cantar y pintar, que no puede haber canto sin color, los seres y las cosas del Austro de Occidente—Chile, Argentina, Uruguay, Brasil—, de regiones del África y de los países ilustres de la Europa madre.

Ha escuchado las voces de la Europa insular, la canción de Francia y el arrullo de Italia.

Su poema es un panorama sonoro del universo, un atlas lírico que nos descubre nuevas islas e ignotos continentes. Y una España inédita: la que ella ha visto y sentido a su modo, y nos la entrega enternecida y ansiosa de fraternidad.

ALBERTO INSUA
CUBA

Al leer SINFONÍA DE LA ANGUSTIA veo que lo nuestro también ha dejado una huella en esta magna obra de STELLA CORVALÁN, cuajada de emociones experimentadas por quien se siente ciudadano del universo, viviendo la dolorosa vivencia de todas las almas sensibles de nuestra época, entre las cuales desde luego nunca puede haber sino algún que otro temperamento que logre plasmar en tan exquisito lenguaje poético lo que siente. No hay en la actualidad ninguna obra de poeta que en lengua española haya conseguido dar expresión lírica a un viaje sentimental, en tal forma y envergadura.

RODOLFO GROSSMANN
Universidad de Hamburgo,
ALEMANIA

(Al dorso)

LA LUNA ROTA

(MEMORIAS DE MI INFANCIA)

A Rigon Benoit, que
ha enriquecido con su ma-
jstral interpretación la
dulzura humilde de este
pequeño libro.

Con la gratitud y el
afecto de

Juan José Gual
Madrid, Enero 58

STELLA CORVALAN

LA LUNA ROTA



MADRID

1957

*A Marcelle Castelier, la gran
novelista francesa. Por aquellos días
de París, en los que junto a su
íntimo y resplandeciente universo,
aprendí a captar los símbolos puros
de los seres y las cosas.*

Yo quisiera poder dirigirme a la autora de La Luna Rota y decirle:

"Querida amiga, a mí me gusta infinitamente el tono simple y cordial de su libro. Así, gracias a estos pequeños cuadros, hemos aquí en presencia de su mundo infantil, el que no ha cambiado demasiado, porque la vida, por mucho que haga, nada puede contra ciertas almas...

"Todos los niños, bien lo sabemos, son poetas en potencia, pero, ¡ay!, sólo quedan los privilegiados, como usted, que han sabido guardar, a pesar de la dura experiencia del mundo recorrido, su frescor, su entusiasmo siempre vibrante.

"Pueden sus admiradores encontrar su pasado en cada fragmento de este espejo de ternura humana que es La Luna Rota."

FRANCIS DE MIOMANDRE.

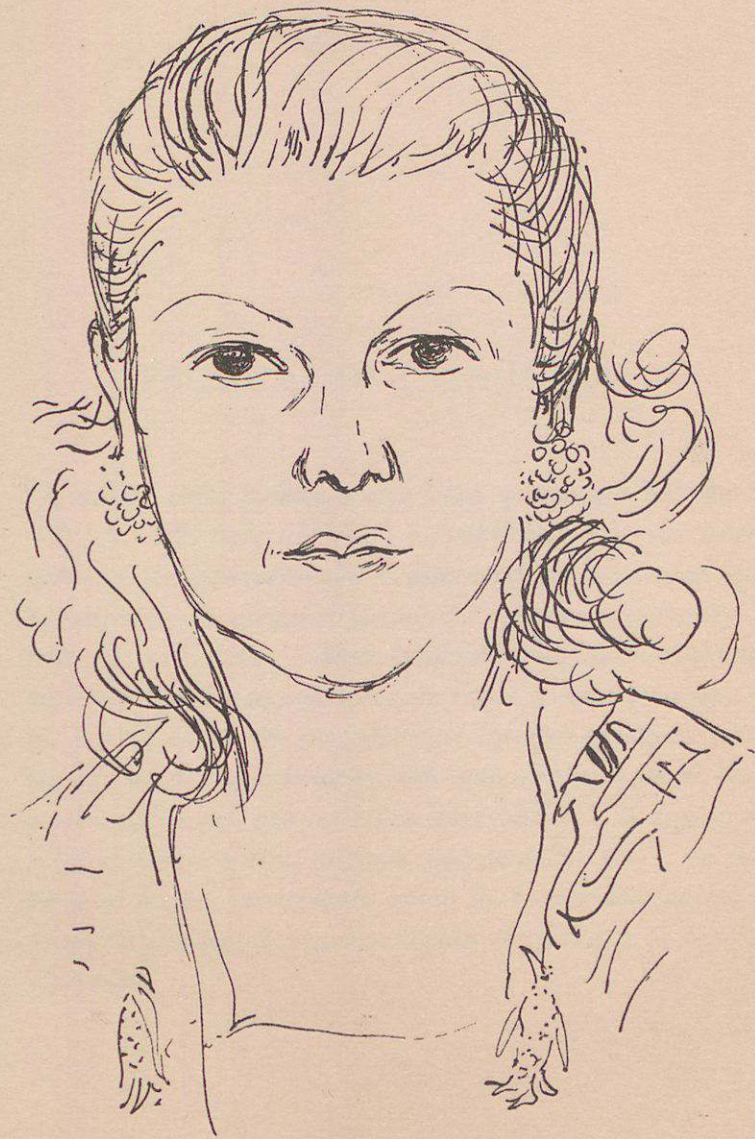
Je voudrais pouvoir
m'adresser directement à l'auteur
de La Lune Brisée et lui dire:

"Chère Amie, j'aime infiniment le ton simple et cordial qui est celui de votre livre. Ainsi, grâce à ces petits tableaux, nous voilà en présence de votre monde enfantin, lequel n'a pas beaucoup changé, car la Vie a beau faire; elle ne peut rien sur certaines âmes.

"Tous les enfants; nous le savons, sont des poètes en puissance, mais, hélas! seuls le restent les privilégiés, comme vous, qui avez su garder à travers la dure expérience du monde parcouru, votre fraîcheur, votre enthousiasme toujours vibrant.

"Quissent vos admirateurs retrouver leur passé en chaque fragment de ce miroir de tendresse humaine qu'est la "Lune Brisée"...

Francis de Miomandre



PALABRAS DE LA AUTORA

A GREGO otras viñetas a este libro que di por terminado en París hace tiempo y, al publicarlo, veo que tropezaré con un inconveniente. A diferencia de los autores que se empeñan en asegurar ficticio todo hecho o personaje a que ellos se refieren, y hasta tildan de imaginaria cualquier supuesta semejanza con seres de carne y hueso, yo necesito, por el contrario, confesar que los que aparecen aquí, no sólo existen o existieron, sino que obedecen en el relato al nombre con que mi niñez los conoció. Y si alguno de ellos se asoma a estas páginas, que no culpe sino a mi fantasía el haber desvirtuado, acaso en forma antojadiza, el contorno preciso de aquellos hechos simples y a la vez memorables.

La abuela, heroína de mis primeros años, que inclinada la mitad de su vida sobre telas propias o ajenas fué de ese paciente modo reforzando, con ágiles puntadas, el vacilante presupuesto familiar, es el personaje inefable de mi infancia. A su memoria tiendo ahora el temblor de estas cuartillas, por las que ha de cruzar, insistente, su estampa de mujer valerosa y esa ternura martirizada por mi desvalido perfil, contra el que temió ver chocar en el futuro, y sin poder impedirlo ya, todas las humanas y crueles contingencias...

Al mirarla coser sin descanso, no podía adivinar con qué misterioso empeño iba su alma pespunteando, con los hilos más puros, la trama rota de mi existencia...

A dos recuerdos, también un tanto ajados, debe la presente obra su peregrino título.

Hace más de seis años contemplaba yo en París la luna desde el Sacre Coeur y, aunque las circunstancias daban por descontado el hecho de que sería aquella la visión más hermosa de cuantas atesorase, justamente en esa noche estival y desde tan privilegiado sitio, la luna se me apareció cruzada por estrías que amortiguaron su lumbre. Y acto continuo, por el oculto cielo de la memoria, la misma se fué mostrando enmarcada en el sucederse de mis propios años. Vi, por ejemplo, la que dió a mi niñez sus blancuras; tras de ella cruzó la de mi adolescencia, almidonada y quimérica. Divisé a la luna reventona de mis horas densas y

hasta a la trágica, que se asomó, empolvada y cruel, por los horizontes de mi angustia. Abandoné aquel terrestre mirador, sintiéndola centellear, burlona, dentro de mí.

Llegué pronto a olvidarme de aquella noche parisién...

Varios años después, al pasar por una calle de Madrid, hube de recordarla. Sobre un roto cristal de vitrina, cuyos pedazos sosteníanse por milagro, miré escrito aquello de Luna Rota y sentí, de tan sencillo modo, explicarse mi curiosa experiencia de París. ¡Porque no otra cosa que fragmentos de una luna hecha añicos fueron aquéllos! Y como si esperaran desde entonces un motivo perentorio para desprenderse, rodaron al fin sus luminosas partículas. Y lo mismo que en el roto cristal transparentábanse desdibujados los objetos expuestos, así comenzaron en mi mente los primeros recuerdos a copiarse, tenues y vacilantes. Recogí su triturado resplandor en estas viñetas y aquí parecen aguardar que una luna, entera y piadosa, les regale de nuevo su plata conmovida.

I

MI CIUDAD NATAL

EN mi niñez hubo también, y a pesar de todo, el encanto y la alegría de otras niñeces. Sobre el regazo de la abuela no tuve ocasión de lamentar nunca los afectos que me faltaron... Escudada en ese cariño que casi me tornaba invulnerable a la desgracia, pasé los primeros años de mi vida.

Talca, ciudad de noble ejecutoria, en la que los prejuicios sociales campearon siempre por sus fueros, cuna fué de mi aterida orfandad. El destino la eligió, por raro capricho, para que, justamente allí, entre sus inflexibles y rígidas normas y junto a un marcado concepto de clases, comenzara a aletear este espíritu mío, que habría con el tiempo de expandirse victorioso sobre todas estas terrenales cortapisas.

Entrad conmigo, os suplico, al escenario solemne de mis balbuceos iniciales. Recorred la magnificencia altiva que caracteriza a aquella ciudad, y al mirar el nobilísimo empaque de graves caballeros y encopetadas señoras, percibiendo a la vez aquel desvanecido boato, que flota por entre sus rectas calles, para sostenerse al fin, contra infortunios y reveses, sobre algunos cerúleos rostros, encastillados en pretéritas grandezas, convendréis en que mi espíritu de niña observadora, habría de encontrar, sin duda, un perfecto crisol para sus primeras meditaciones...

Mucho más tarde vi en Toledo, reproducidas en algunas telas del Greco, fisonomías que habitaban ya en mi memoria desde aquella lejana época...

Para alardear de franqueza debo confesaros que fui rebelde desde pequeña; no pude jamás doblegarme ante la fuerza dura y escueta, pero fui blanda arcilla en manos de los que supieron tratarme con cariño. Logró la abuela conocer muy temprano esa fase de mi temperamento y de ahí entonces que nuestras relaciones nunca fueran enturbiadas por el más ligero contratiempo.

Sabía ser para mí sostén y refugio y hasta compañerita de juegos cuando la soledad, dentro de nuestra casa, hacía que llorara a gritos pidiendo compañía. Era entonces cuando ella se despojaba, graciosamente, de los años que la molestaban para alternar en mis juegos. y

reía, reía, hasta que mis lágrimas se secaban como por encanto...

En aquellos tiempos recorrer tan sólo la imponente Alameda flanqueada de árboles centenarios, constituía para mí una recompensa inapreciable. Sabiéndolo dejaba la abuela sus quehaceres y, peinando aquellos grises cabellos que encuadraban airoosamente el bondadoso contorno de su rostro, me conducía allí, junto al riente griterío de otros niños.

Sólo mucho después he venido a comprender el porqué de ese nublado temblor que la recorría cuando, obedeciendo a un grito imperioso, una niñera de aquellas linajudas familias arrancaba torpemente de mi ingenua contemplación, la gracia de un niño sonriente...

Como veis, mi sencillez había olvidado ya la rígida barrera que separaba a la modesta y solitaria niña de aquellos pequeñines privilegiados. Pese a todas esas humanas contrariedades se deslizó mi niñez, os lo repito, como tantas otras, y hasta tuve después un verdadero ejército infantil, merodeando cada día en torno de mi sonrisa ensimismada...

Eran casi todos chicos de la vecindad y en las pesadas tardes en que la abuela se consagraba por entero a las faenas hogareñas, trataba de enseñarles aquellos juegos de mi fantasía. Pero cuando terminaban de aprenderlos solía

S T E L L A C O R V A L A N

abandonarles a su suerte, en aquel prado nuestro, mordido por el furor de la siesta...

Si la abuela recriminaba mi gesto descortés, volvía al grupo que, olvidado de mi persona, se limitaba a repetir una y otra vez las extrañas y curiosas frases que yo les inventaba.

Hubo ocasiones en que desde un mirador oculto contemplé sus juegos, sin querer mezclarme a ellos, como si una repentina y misteriosa racha me hubiera arrebatado de golpe todo entusiasmo infantil, dejándome allí—espectadora muda—en quieta y contemplativa actitud.

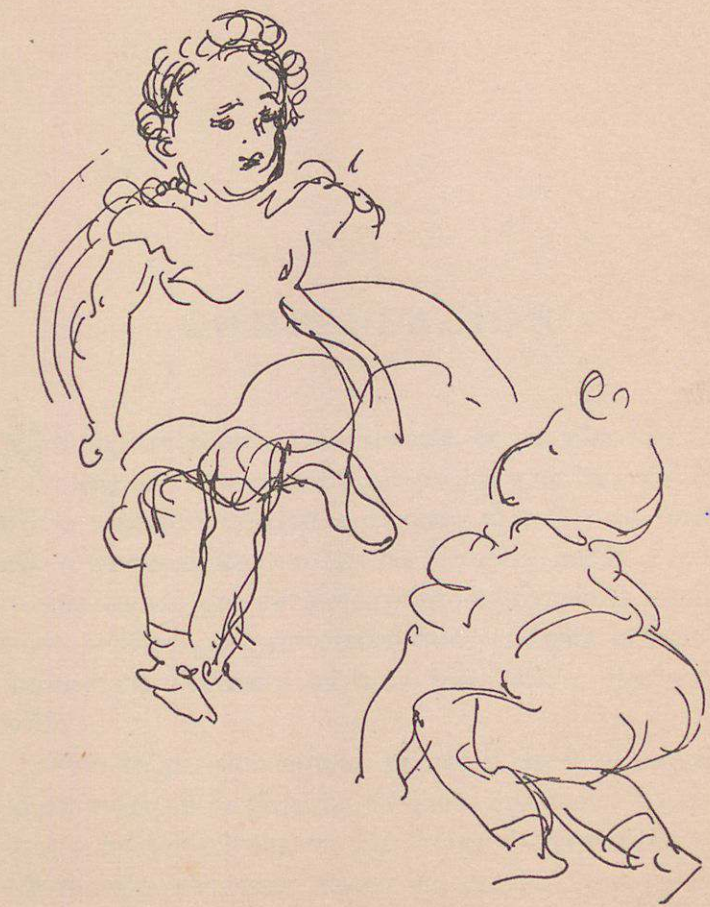
Mi espíritu, como un pájaro encarcelado, trataba de huir de aquellas enormes o mínimas jaulas, en que a ratos se sentía prisionero. Cuando me liberaba de estos extraños pensamientos iba hacia mis dóciles amiguitos, que formándose en apretado círculo, aguardaban, con las manos ahuecadas, que yo pasara las mías, veloces, para no dejar en ninguna la ansiada sortija, mientras les murmuraba aquello de:

“Azúcar cande,
pasó por prenda;
tengo un negrito
que me la venda.”

Ya lo sabéis casi todo. Es a esta niñez triste y un poco pudorosa, cargada de presagios y de súbitas alegrías, a la

L A L U N A R O T A

que os estáis asomando. Hoy, que tan lejos de mi ciudad recojo el rumor de mis antiguas añoranzas, tiendo hacia su altivez inmemorial, que supo a ratos acunarme, un tembloroso latido de nostalgia. Aquella mínima y solitaria hija suya, insignificante y temerosa, sabe bien que aún debe estar allí, vibrando, remoto, el eco de sus primeras risas...



II

COMPENSACION

No hubiera podido, naturalmente, en aquellos años, tan exiguos como para formar juicios y darlos, rebatir el hábito rencoroso de ciertas personas al cubrir de epítetos más o menos violentos a la vida. Tampoco nadie se hubiese sorprendido que yo imitándolos, y premunida entonces como es lógico, del correspondiente y fúlgido instante de madurez, la llamase a mi turno madrastra o algo por el estilo...

Pero habría sido injusta, porque si desde el comienzo se entretuvo en despojarme de dones que suelen hacer felices a los seres humanos, fué otorgando en cambio y de seguro para compensar cuanto me quitaba, otros verdaderamente singulares...

Y para que yo misma colmase los vacíos espolvoreó además: confianza, sencillez, fantasía, fe y tantas otras cualidades. En posesión de todas, pasó a formar parte de mi inalienable propiedad cuanto deleitaba mis sentidos. Y como se dió el caso de que aquello lo puso Dios al alcance de cualquier mano, el que mi fe ingenua se lo apropiase, con carácter exclusivo, fuera de procurarme alegrías sin cuento, no lesionó tampoco ajenas conveniencias.

Bien comprendo que a la generalidad de los niños les acontece algo semejante y que es el grito de sus padres o hermanitos el que les arranca de menudas contemplaciones y de insólitos dominios... Convengo en esto y me hace sonreír el recordar de que a mí la providencia me dejó días, meses, años, sin interrumpir aquella contemplación maravillada de mis tesoros. Descantando a la abuela o a Mamá Chasca, toda mi entrañable familia revoloteaba o bullía junto a mí. La que habría de ser mucho más tarde hija devota de San Francisco empezó, desde esos lejanos días, una firme hermandad con animales, pájaros y flores, y los más claros momentos de su vida solitaria se los debe a ellos, y a esos frutos, que cobraban en la pequeña mano que les sostenía amorosa, una individualidad perturbadora.

Hermanos innumerables esparcíanse así por entre mis juegos. Debo nombrar ante todo a Flick y Sultán, que constituían mi celosísima guardia. Con el pelaje dorado

y sus grandes ojos comprensivos perseguían mi deambular risueño dentro de la casa, o si quedábame quieta en la huerta, allí también permanecían ellos, apoyados en sus patas traseras y en la posición tensa de quienes aguardan emprender una nueva fuga. Ante el menor peligro sus ladridos atronaban el aire, como si comprendiesen que había allí un pequeño ser a quien amparar de toda asechancia.

Muchas veces un descuido de la servidumbre les permitió escabullirse tras de nosotras, cuando yo acompañaba a la abuela al centro de la ciudad. Al sentirles ladrar jubilosamente no volvíamos siquiera la cabeza, ni dábamos señal alguna de percatarnos de su presencia. A pesar de ello, la confianza de sabernos próximas, les impulsó a morder a quienes se cruzaron en nuestro camino. Dejándome conducir por la abuela, cerraba entonces mis ojos cuajados de lágrimas, sin volver la cabeza, mientras iba escuchando los gritos de los transeuntes, a los que se sumaba a menudo la voz autoritaria de algún policía. El retroceder hacia el grupo de coléricas personas hubiera empeorado las cosas, ya que mis fieles guardianes, incontenibles en su furia, habríanse abalanzado para atacar a cuantos se nos acercasen. Proseguíamos, pues, nuestro camino, en tanto que se escuchaban cada vez más débiles, aquellos ladridos que salían ahora de entre una multitud, ansiosa de castigar la perruna soberbia... Mucho más tar-

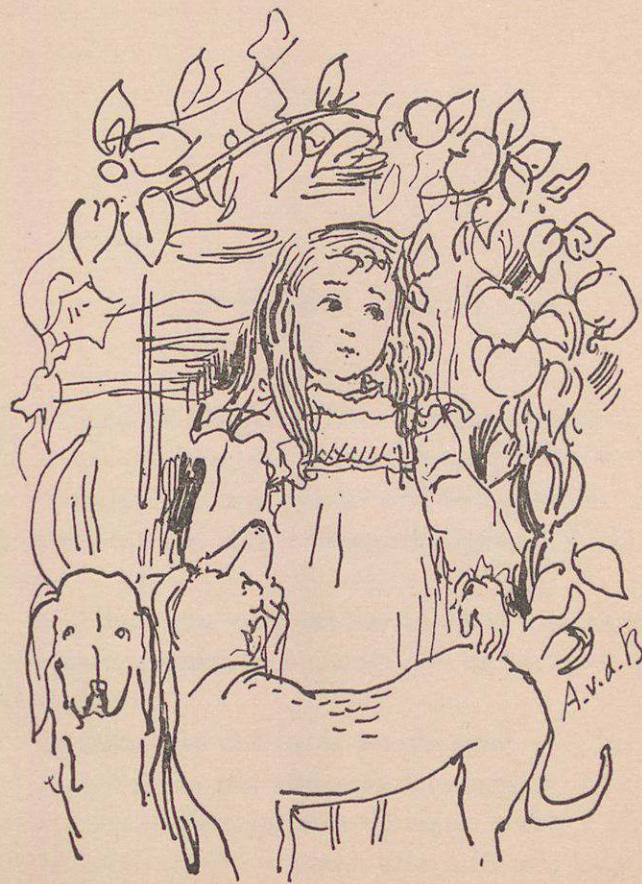
de y cuando les imaginábamos muertos, sentíaseles volver a casa, tras de la penosa aventura. Poco después iban a colocarse, uno a cada lado de mi llorosa expectación, apaleados y maltrechos...

También la electrizante felpa de un gato negro llenaba de chispas mi mano cariñosa. Lo habían traído muy pequeñito y entre mis dedos juguetones íbase haciendo imponente y lustroso como un ídolo de azabache. Sólo cuando las sombras se tendían perezosas a lo largo de mis senderos, abandonaba yo la muelle tibieza del jardín o de la huerta para refugiarme en la casa. El gato, entonces, elástico y monacal, serpenteaba sobre mi quietud con sus flexibles ébanos, como queriendo compensarme con extraña majestad de todo aquello que la noche me robaba...

Sin embargo, era ella su mejor aliada, puesto que gracias a su oscura presencia recuperaba mis alegres caricias. Si durante el día intentó perseguirme, la humedad constante de la huerta o del jardín hízolo retroceder y, además, el feroz ladrido de los perros, para los que fué un peligroso rival.

Era también la lluvia otra aliada benigna. Abuela me encerraba en los aposentos y, entonces, su gracia sideral adquiría una suerte de ingrátida elegancia. Enarcado en el alfeizar de la ventana, como en un invulnerable trono, Kiki enredaba, entre los finos y escurridizos cristales que mirábamos caer, la molicie lenta de su ronroneo...

Pero he aquí que a intervalos se hacía colérico el esguince de sus movibles sedas porque miraba a los perros morder, furiosos, aquellos barrotes tenaces. Sus ojos, dos amatistas refulgentes, adquirían tonos insospechados de imperiosa realeza... Y era todavía más patético su furor, al escuchar cómo Flick y Sultán, con sus desgarradores ladridos, enlutaban los bordes de aquella su magnífica revancha...



III

EL BUEN PASTOR

EN aquella verde paz de la casa-quinta resonaban tiernas, como palabras, las campanadas del Buen Pastor, que se esparcían por la arboleda, rebotando con sus cariñosos bronces contra el vértice de aquel silencio orillado de perfumes.

Los domingos parecían las locuaces amigas extremar su esmero, llamándonos a misa con una fruición llena de sonoridades...

Prendíase la abuela el severo manto negro, que tan bien cuadraba a sus enérgicas facciones, y rescatándome de la absorta contemplación de algún insecto o del escondite de mis túneles de ramas, atravesábamos toda la huerta para llegar, por la pequeña casa del cuidador, a la

Avenida que muy pomposamente llaman del Palacio, donde aguardaba sonriéndonos la pequeña capilla. Pertenecía ésta a una Congregación de Monjas de la Caridad que allí, en medio de ese sosiego henchido de armonías, se consagran a vigilar por igual a un colegio de niñas indigentes y a un Presidio de mujeres. Fingían ignorarlo hasta los blancos muros, que esmerábanse en no hacer distinguos, premiándolas a todas con sus albas promesas...

Durante la misa, desde los costados del altar mayor, un rumoroso creciente de voces desmoronaba las últimas barreras. Unidas en el Santo Sacrificio, era Dios el encargado de la justiciera selección. Por lo pronto volaban, saltando como palomas presas, las del metal cándido, al encuentro de las otras, agrias y desesperanzadas... Y debajo de todas ellas, tratando de sostenerles el ciego vuelo, un apagado bisbiseo, que no otra cosa era el musitar leve de las monjas.

Había allí siempre nuevas cosas que captar y mi espíritu alerta, perseguido de continuo por la fantasía, que no le daba tregua, me ponía en serios trances para repetir los sagrados rezos que la abuela me iba dictando, atendiendo además a los más ínfimos pormenores. Mis cinco despiertos sentidos empezaban la grata tarea de observarlo todo, minuciosa y despiadadamente, y si uso esta expresión un poco dura es porque me asiste el vergonzoso recuerdo de que una vez que mis ojos rapaces encontraban

un sitio deleitoso en que detenerse, era ya muy difícil que soltasen su presa... Y si algunos domingos no encontraba mi certera mirada blanco suficientemente grato, resultaban inútiles los esfuerzos para morigerar mi constante inquietud.

Muchas veces, al terminar la misa se detenía la abuela a conversar con alguna de las monjas que se cruzaban a nuestro paso. También solíamos encontrar al señor Capellán. Su digno y altivo porte me intimidaba; pero esto no era óbice para que no respondiese a sus preguntas cuando la casualidad poníame al alcance de ellas. Sus claros ojos severos parecían estar perpetuamente en pugna con la bondad de su sonrisa. De toda su persona emanaba una aristocrática pulcritud e imponía veneración su sola presencia entre los grupos de feligreses que se rezagaban, charlando en aquel inmenso patio que él cruzaba, a paso largo y majestuoso, para alcanzar sus aposentos.

En más de una ocasión me guió hasta su escritorio para regalarme con el lujo pequeño de unas estampas. Y si la buena suerte me favorecía, haciendo que mi visita coincidiese con la llegada de Carolina, que era la encargada de atenderlo..., algún bizcocho de la bandeja de su desayuno iba a parar a mis manos...

Eran en su totalidad labriegos de las vecinas granjas o personas a las que yo veía constantemente en torno de la abuela quienes formaban la parroquia de aquel tem-

plo. Esto hacía que mi atención no se centralizara en ninguno de ellos y que sólo la presencia de alguno que otro forastero viniera a proporcionar a mis ojos curiosos un deleite sostenido...

Un domingo, surgida de no sé qué fantástica leyenda, y tal digo pues no podía provenir su áureo porte ni su palidez diáfana sino de páginas maravillosas, llegó a arrodillarse junto a nosotras una joven señora resplandeciente.

Dos veces apartó ella los ojos pensativos de su breviario para corresponder, con algo que no era sino la sombra de alguna sonrisa, a lo que no fué ya en mí sino una sola e inextinguible mirada, que ni siquiera la abuela logró desviar...

Mi conciencia riñó, al salir, serios combates con aquella testaruda imaginación, que ya estaba otorgándole, ciegame, a la misteriosa dama un origen singular. Aunque yo, entre esas dos fuerzas, pretendía ser árbitro imparcial, de buena gana hubiérame desprendido de la mano de la abuela para convencerme, a mi turno, de que no entraría ella en la consabida carroza tirada por caballos blancos...

No me atreví tampoco a aguardar al Capellán, por temer que la indagadora luz de sus ojos descubriese mi falta. Sus consejos siempre se encaminaban a enmendar mis distracciones durante la misa.

Cuando al domingo siguiente las campanadas empeza-

ron de nuevo a deshojarse una a una sobre mis juegos, me encaminé al encuentro de la abuela, a quien había prometido no distraerme por nadie ni por nada durante el Santo Sacrificio.

Mientras caminábamos hacia la Capilla, barajé hasta la posibilidad de que aquella señora no hubiera sido sino producto de mi fantasía, dando con ello escape al temor de sentirla sólo fulgurar junto a mí, ajena a mi devota observación...

Estaba repitiendo las deshilachadas frases de una oración, que mis escasos años desfiguraban sin querer, cuando vino de nuevo a ocupar su lugar junto a nosotras. En aquel pequeño y claro templo, donde unos vitrales, desparramaban, ayudados por el sol, vívidos matices sobre la extática fijeza de esos rostros, los que descendieron a anidar en sus finas manos, subieron luego hasta su pálida frente, cuando ella la abatió por ocultar sus lágrimas.

Vibraba en aquel momento junto a ese apretado círculo de preces el anuncio cristalino de la Consagración y, obedeciendo a un extraño impulso, me apreté contra la abuela para oír mejor esas santas palabras con que yo también suplicaría al Buen Pastor que aliviara el dolor de aquella princesa, que se había convertido en mujer...



IV

LA VISITA

Los recuerdos, como mariposas aplastadas por el tiempo, van liberando sus alas enmohecidas para volar en torno de nuestra memoria. Es la niñez el eje en el que chocan ahora sus sedas descoloridas. Creo que jamás me he apartado de aquellos instantes en los que yo iba y venía del brazo de la abuela por todos los alrededores de su arrugada ternura.

Era más cuidadoso su esmero sobre mi persona cuando habíamos de hacer aquella periódica visita, que cobraba siempre, dentro del ámbito familiar, una solemnidad desacostumbrada. Acaso porque depositaba en esa hija suya el mayor sentimiento que yo le viera desplegar en la vida.

Viuda en plena juventud, ésta, lograba con sus negros

tocados hacer aún más etérea su gracia transparente. Mirada por la fortuna y admirada por su belleza, nuestra visita entibiaba apenas su fría reserva. Yo sentía entonces sobre mis débiles hombros gravitar el desconcierto de la abuela y mi mano se aferraba a la suya mientras permanecíamos en aquella casa. Bien quisiera hoy borrar de mi memoria algunos recuerdos y hasta quizás esa curiosa sensación de temor que me oprimía, pero es la niñez cofre hermético que, si permanece largo tiempo inviolado, al abrirse un día dejará escapar la esencia verdadera de nuestras antiguas sensaciones. Cada vez, al aproximarnos a esa mansión, mi timidez se tornaba lagrimeante. Adivinaba que allí ni mis cabellos prolijamente arreglados, ni el vestido—nube de gasas—sobre mi rosada perplejidad, apaciguarían el fragor de los mutismos.

Incapaz a veces de soportarlos, huía hacia la cocina, donde Sara, morena y sonriente, me colmaba con el primitivo manjar de sus ocurrencias. Allí mi niñez bebía la euforia de esos momentos en que, de entre aquella polvareda humosa, miraba destacarse, nítidos, los legendarios personajes evocados por la malicia de su gracia campesina. Para mí estaban tan próximos que junto al guiño cordial de las brasas, les oía respirar rebullendo diminutos. Sara, tras de repetir muy seria que aparecerían en carne y hueso, dirigíase a ellos por adelantado, animándolos en alta voz:

“Echale, Pancho, Panul;
échale, José Puntete,
el de la gorrita azul,
el del pantalón celeste.”

Los dos hombrecillos “tardarían un poco en llegar”, aseguraba luego, riéndose bajito, mientras entreteníase en urdir pretextos para que Pancho Panul y su amigo José Puntete retardaran su aparición en la brumosa cocina... A pesar de la sonrisa satisfecha con que yo contemplaba los acontecimientos, seguía urdiendo excusas. “Una mancha en la gorrita azul, o acaso un desgarrón en aquel pantalón celeste, motivarían de seguro la insólita tardanza.” Al decirlo, la negra conspiradora fijaba en mí sus ojillos castaños y penetrantes. En tanto fingía esperarles iba haciendo surgir nuevos personajes, tanto o más inverosímiles que los primeros, pero todos, según ella, incapacitados de arribar a su apremiante llamada. Así era como se llenaba de caprichosos conjuros la caliente oscuridad. Sin otra varita mágica que su morenez reidora, daba y recibía los mensajes de esos seres, a quienes yo regalaba, en secreto, la densidad que hubieran ambicionado. Lo que no sabía Sara, ni yo hubiera podido explicarle entonces, era que no necesitaba verles para sentirlos vivir en torno mío y hasta para obligarlos a que me acompañasen a casa. Aquello descubría en mi niñez solitaria una insospechada existencia, la de seres que, abriéndose paso entre rachas de irrea-

S T E L L A C O R V A L A N

lidad, podían seguirme dóciles obedeciendo mi cariñoso reclamo.

No sospechaba aquella buena mujer que había abierto, en ese murallón de los sueños que aviva la felicidad de los niños, un ancho y luciente boquete. Acodada a él, mi curiosidad se nutría en las fuentes secretas de la leyenda. Sintiéndose culpable, pues, alargábame una golosina, que tomaba yo con la sabia medida de quien prefiere, a todos los confites de la tierra, la ambrosía de un sueño que sabe cómo ha de tornarse tangible realidad...

El llamado apremiante de la abuela interrumpía este deleite, y al regresar iba yo alegrando su triste silencio con las aventuras de aquellos seres, que, invisibles y diminutos, escoltaban nuestro paso...

V

NAVIDAD

TREPADA en la más alta sonrisa, miraba yo crecer Navidad de entre las hondas arrugas de abuela.

Larga y tranquila, nuestra casa se tendía a dormir en las tardes soleadas como un inmenso lagarto. Y cuando diciembre, cargado de perfumes violentos, se echaba sobre las calles avasallándolas, ella le recibía impertérrita, con un blanco sopor, esparciéndose tenue sobre puertas y ventanas, selladas de continuo al furor estival.

La lluvia monótona de días y semanas, deslizándose su aburrimiento, se tornaba, al promediar este mes, en una misteriosa sucesión de extraños sucesos.

La ternura un tanto arisca de la abuela se hacía blanda, como para que buscasen mis pocos años cobijo en esa muelle complacencia.

Ocultas cajas se abrían para esparcir por las habitaciones, oscurecidas, un vaho de alcanfor y reminiscencias. Ajadas cintas, desenvueltas por los dedos ya un poco torpes, entregaban su descolorida palabra como un perfume evaporado a medias. Flores y encajes iban asomándose también en estas alegres vísperas.

Muy pronto, aquellos adornos, parapetados sobre una nueva capota, enmarcarían el ansioso resplandor de mi rostro, siempre abierto a una apremiadora interrogante.

Inclinada mi abuela ante relucientes sedas, comenzaba a construir, sobre un armazón de respuntes y de vuelos, la arquitectura íntima de mi Navidad... Esa, que empezaba a multiplicarse, primero en mis silencios asombrados, como cuando una piedra rompe el apretado tejido de las aguas estancadas. Luego, en el entusiasmo que, a manera de luminoso desgarrón, abría en la carne de aquel manso vivir.

Solitaria mi niñez, iba a expandir su aroma por la vecindad, en tanto la abuela hacía restallar su máquina de coser en el último lazo que habría de aprisionarme.

Un olor de golosinas y manjares, escapado de la despensa, invadía toda la casa, y seducida por él me dejaba yo engalanar. Mientras me contemplaba aparecía de pronto, como en una calcomanía raspada aprisa, un goterón de sombra sobre el rostro terso, denunciando una fuga del azogue. Deformada a menudo mi figura, anclaba por

fin en un retazo límpido, de aquel espejo,, que se avenía, de una vez por todas, a copiar con escrupulosa fidelidad los frívolos pormenores. Entonces era cuando la gama de matices, descendiendo del rostro arrebolado, descansaba, como en una playa deleitosa, sobre el fulgurante vestido.

Llegaban hasta nosotras el estruendo de los cohetes, las largas risas, que parecían aletear entre los visillos como para sacudir su almidonada pasividad. La noche fulgía ya detrás de nuestras ventanas; flautas y pitos levantaban en vilo al silencio para dejarlo caer como un títere acribillado. La antigua cocinera aprobaba, con una sonrisa escurriéndose por entre la boca sin dientes, los últimos retoques de tan amorosa labor.

Prendióse la abuela, como tantas otras veces, el severo manto, y tomándome de la mano salimos hacia el fragor de la calle, empurpurada de gritos y canciones. La Navidad era ya un fruto maduro que se podía morder mientras caminábamos, abriéndonos paso hacia la Plazuela de la Merced. Allí el vocerío se remansaba en dos potentes cauces: el que lamía los umbrales del templo y aquel otro que iba a chocar contra el borde de los quioscos en los cuales se rifaban dulces y juguetes a beneficio de los niños desvalidos.

Cuando creí que mis pupilas no lograrían nunca desprenderse de esos muñecos contorsionados grotescamente, las tres últimas campanadas anunciaron el comienzo de la

S T E L L A C O R V A L A N

Misa del Gallo. Avanzamos entonces hacia la Merced impelidas por la marea humana.

La visión del Pesebre borró de la mente toda otra sensación. Una estrella que rielara desde el coro, fué señalando el camino a los Reyes Magos. Tres muchachuelos, representándolos, se acercaron al Divino Niño para ofrecerle sus presentes, y allí se quedaron a montar guardia durante toda la misa.

Apreté con fuerza la mano que me sostenía, porque en medio de esa ceremonia sentí que a mi pequeñez bajaba también, entre el centelleo de los himnos, la Gracia del Eterno Niño. El abría en mi corazón la primera esperanza posible...

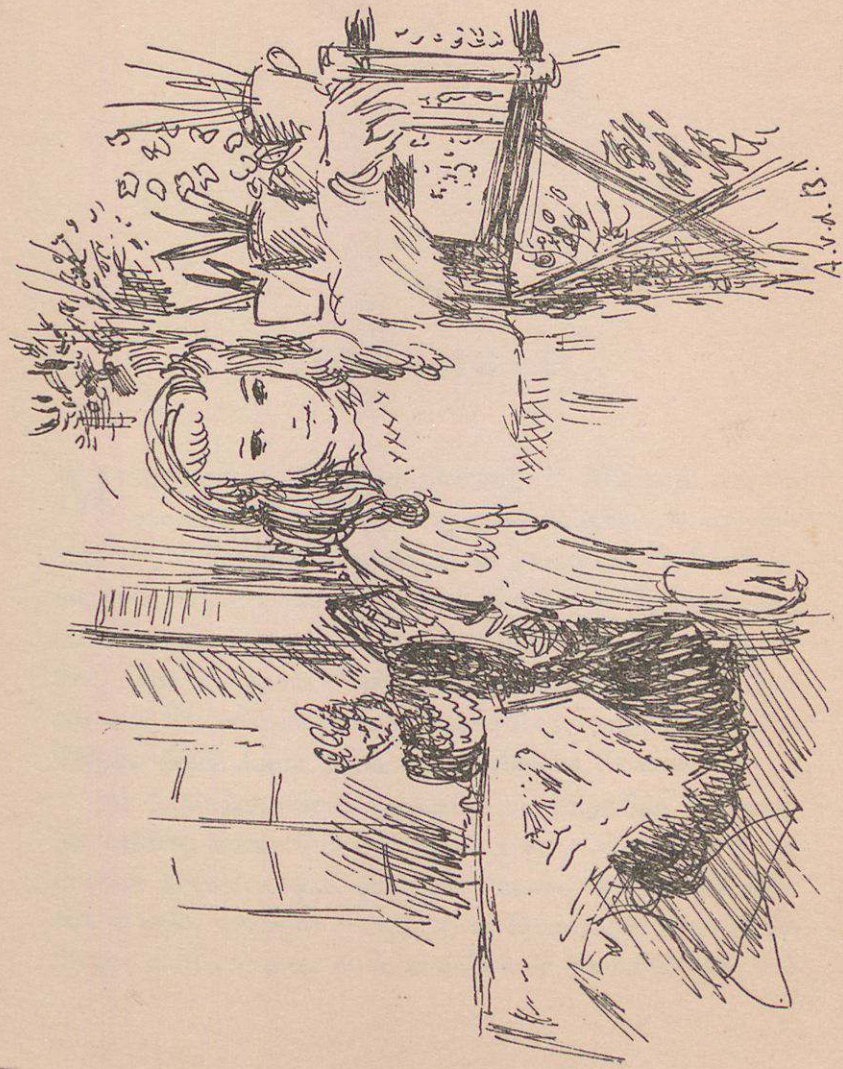
Al salir de la Iglesia, la plazuela volvió a colmarse con el clamor de la muchedumbre. Bajo un ligero dintel de risas, nos detuvimos a beber de pie el humeante chocolate y las confituras que ofrecían las vendedoras, sonrosadas con el estrépito de la fiesta.

Colgajos de sombra descendían ya sobre el primitivo alborozo; dispersábanse los grupos cuando regresamos a casa. A la promesa que viera brillar en los ojos del Divino Infante, iba a agregarse ahora otra, misteriosa y sugerente, que en cada Navidad enriquece la fantasía de los niños. Desprendiéndome de la mano bienhechora, corrí, sin desatar todavía los lazos de mi capota, a poner sobre la ven-

L A L U N A R O T A

tana mis zapatos nuevos, que relampaguearon en la blanca y pulida madera.

Aquella noche, yo fuí condecorada con las insignias etéreas, y también con los terrestres dones que me dejara Noel, al asomar su barbudo rostro a través de mis barrotes cuajados de luna.



VI

TERREMOTO

MISERICORDIA, Señor, misericordia!" Mis primeros recuerdos de terror giran y giran en torno de aquellas súplicas, sollozadas primero en la oscuridad de las habitaciones, mientras se me alzaba a mí, casi dormida, por entre un chisporroteo de velas y una sucesión de lamentos... Venía después el plañidero gemir, y el coro de preces que iba ensanchándose hasta chocar con el otro, que llegaba desde fuera como una avalancha desesperada.

Al comienzo, mis escasos años me impedían reconocer las características que precedían a estos continuos movimientos sísmicos, que, asolando nuestro reposo, les dejaban a todos abatidos y marchitos. Despertada bruscamente, por el abalanzarse de la abuela o de Mamá Chasca, mis

sentidos parecían advertir el inminente peligro y me prendía entonces a esos brazos salvadores con todas mis fuerzas.

Rosa, la cocinera, era sorda, por eso su miedo iba esponjándose gradualmente hasta hacerla estallar en una tempestad de suspiros y de lágrimas, mientras sus ojos, girando en todas direcciones, abarcaban la magnitud de la catástrofe. Siempre pienso que para los demás, que a la visión de los destrozos debíamos sumar también el estrépito, y no sólo eso, sino aquel otro ruido subterráneo espesándose lento hasta aflorar en continuos remezones, la situación era todavía más lastimera.

Y si antes no fué para mí un terremoto sino el pánico que miré calcarse en los rostros contraídos que me rodeaban, luego fué ya perceptible por todas mis potencias.

En aquellas terribles noches nos poníamos a salvo, entremezclando junto a la humedad del jardín, aquel frío desamparo de que nos sentíamos cubiertas, y ese temor ciego a lo desconocido...

Crecía por aquel entonces en mi ser el mismo espanto que hacía castañetear los dientes a la cocinera y trazaba aquel cerco violáceo en el semblante de Mamá Chasca.

El acento que pugnaba en la abuela por tornarse sereno y persuasivo me obligaba a mirarla, percibiendo también en sus facciones desencajadas, idéntico espanto que

en las demás. Debo confesar que el constatar esto me producía una suerte de amargura, sustancialmente diferente a la que experimentaba entonces junto a ellas, remecidas las conciencias por aquel terremoto. Era la otra una íntima conmoción que afectaba tan sólo a la intangibilidad de que yo había revestido a esa anciana, fuerte y prudente, juzgándola invulnerable a todo mal. Entre ella y las adversidades que podían dañarnos, miraba crecer, segura, un fresco y claro espacio de risas por el que siempre ocurriría tranquila, fijos los ojos en el rostro sereno del cual dependía mi existencia. Ahogábanme, pues, estas dos corrientes: La avasalladora en que debía cerrar los ojos para no contemplar el movable escenario de nuestra casa, ondulando dantescamente, seguida del tableteo de todos sus objetos. Y la otra corriente ciega que, como un mar oculto, surgía desde las profundidades de mi propio sér, empequeñeciendo, con su vaivén incontenible, el austero y vigoroso perfil de la abuela, que, a modo de un inmenso daguerrotipo, abarcaba la íntegra extensión de mis pensamientos.

En tanto, oíase llegar desde el vecindario un encrespado oleaje de terror. Lo formaban muchas voces que parecían morir allí, en esa oscura playa de nuestra zozobra...

Aquel reino mío del jardín cobraba, además, en tan lúgubres ocasiones, matices de insospechada tenebrosidad.

Lo surcaban a intervalos las mismas y siempre repetidas súplicas, dirigidas a ese negro cielo implacable...

—¡Misericordia, Señor, misericordia!

—¡Virgen Santa, ampáranos!

El eco las traía también desde la calle y hasta nuestros huesos parecían repetirlas. Acurrucada entre los brazos de la abuela, comenzaba a llorar, desahogando así tantas y tan contradictorias mareas.

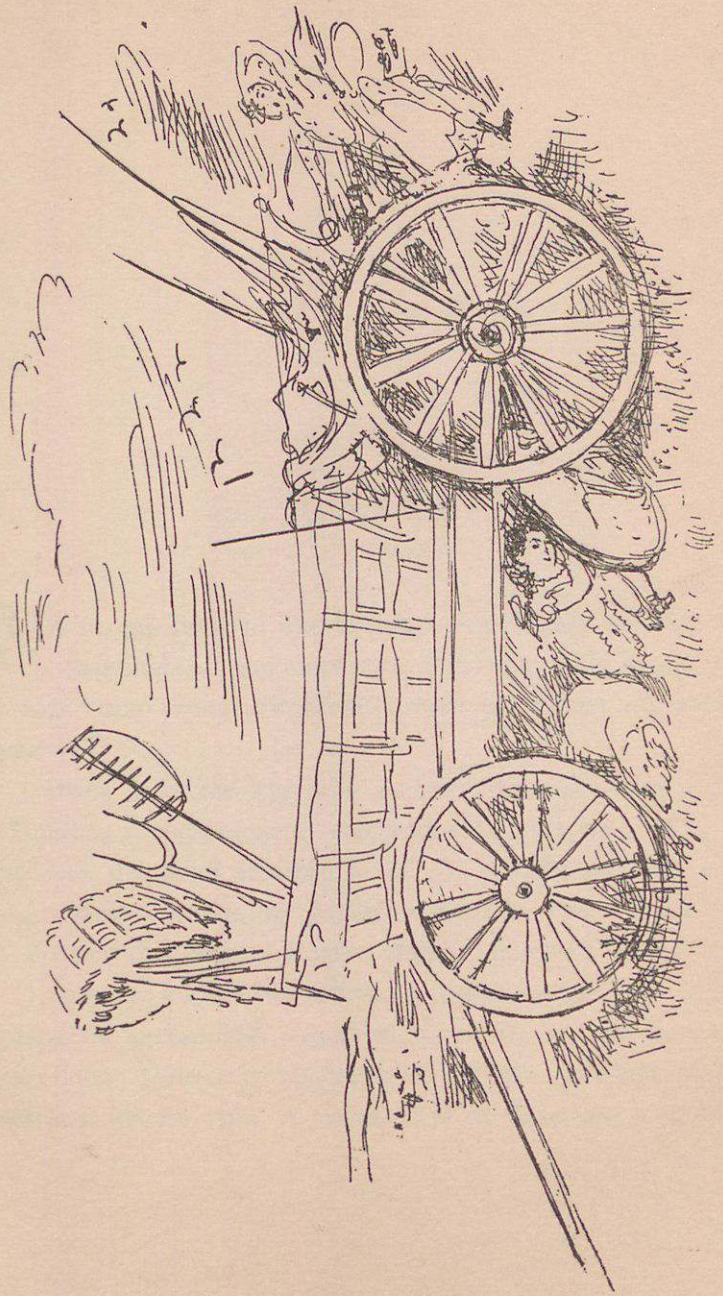
Con intermitencia de minutos o de horas, los remezones repetíanse. El ruido, siempre en aumento, iba registrándolos. A su conjuro saltaban hechos añicos los cristales, y al desplome de cornisas y de cuadros seguía un impresionante cascabeleo. La vajilla, encaramada sobre los trincheros, hacía frente al terremoto, formando con sus bien alineadas escuadras de porcelana un clamor de alocada negación. Si continuaban las sacudidas violentas, era señal de que el sismo alcanzaba ya un alto puntaje en la gradación de estos fenómenos, dando margen a pensar que culminaría con la total destrucción de la ciudad. No iba a salvarse nada, y las paredes crujían como para aseverárnoslo. Entonces los gritos y las invocaciones alcanzaban su más lastimero diapasón.

Temeridad hubiera sido pretender refugiarse en las habitaciones aunque de pronto cesase todo movimiento de tierra. Envueltas en las ropas del lecho que los mayores arrastraban en la fuga, dejábamos que sobre nuestros cuer-

pos indefensos golpease la noche trágica con sus manotazos de frío y de pavor. Tras de esta primera jornada de sucesivo espanto, las luces del amanecer iban alumbrando el tristísimo balance de la catástrofe que, cernida sobre los habitantes de aquella ciudad, no les abandonaría ya por espacio de algunos días. Al furor inicial de aquel horrible sismo, seguían bruscas o leves sacudidas, arrebatando la tranquilidad.

Mis ojos de niña fueron viendo en el transcurrir penoso de esas mortales horas, escenas de las que ni el esfuerzo de los grandes podían apartarme. De entre los escombros de las casas derruídas miraba yo avanzar seres humanos semejantes a espectros...

Luego de constatar la abuela el grado exacto del terremoto, para medir por él las ulteriores remecidas, hacíase con espartano valor, del jardín y de sus intemperies, nuestro más seguro refugio...



VII

LA CARRETA

NO sé qué lutos ni qué tristezas empañarían el alma de la abuela al contemplarme, para que se le escapasen frases como ésta: "Pobrecita, más te valiera no haber nacido."

Otros días, me apretaba fuerte contra su pecho y exclamaba, repentinamente ensombrecida la voz: "¡Ay, si pudiera quedarse siempre así!" Al decirlo palpaba con sus rugosas manos mi pequeñez risueña, como dispuesta a no permitir que el tiempo tomara posesión de mi ser.

A estos tristes recuerdos, se unen los de una niñez plena de sensaciones vegetales. Los árboles, las flores y los frutos fueron compañeros en aquella primera etapa solitaria de mi vida. A veces, bajo un frondoso magnolio

establecía mi reinado. Rodeada de mis muñecas dejaba transcurrir las horas, abiertos los sentidos a la música isócrona del campo.

Una mariposa o un insecto cualquiera me hacían abandonar de pronto aquella quietud extática. Allí se quedaban entonces, tirados sobre el pasto mis baluartes...

A Flick y Sultán encomendaba la abuela mi custodia por los intrincados vericuetos de esa quinta donde transcurrió mi infancia.

“Lilita”... y el grito clava aún sobre mi carne sus lentejuelas de cristal. Sin embargo, aquel lejano día no quise contestar a él. Toda yo una presencia diminuta y gozosa por entre la brillantez severa de los naranjales y el transparente bullir del jardín, quise convertirme en una repetida ausencia de mis lugares preferidos.

Oculto bajo una vieja carreta, tapiada casi por la sedosa complicidad de mis perros, que, uno a cada lado de mi travesura, montaban guardia silenciosa, escuchaba el ir y venir alocado de los moradores de la casa. Palpable me parece aún la sonrisa que recorría mi boca traviesa al escuchar los gritos de la servidumbre.

“Lilita, Lilita” y se adivinaba el llanto, que mojaba la última sílaba en la voz de Rosa, la cocinera. Me habían esponjado sus caricias, levantando los jazmines de mi tez. Solía quedarme largas horas mirándola embobada, cuando, emperatriz de sus cacerolas, colmábalas de apeti-

tosos manjares. Con una sonrisilla que no se desprendía jamás de su boca, construía con unas cuantas claras de huevo alucinantes palacios de espuma.

Esta vez, rozando casi su bata de mezclilla las ruedas de la carreta, interrumpía, a intervalos, su lastimero y lagrimeante soliloquio. Aprisionaba, entre los dientes cerrados, mi pequeño nombre, como un botín del que se la hubiere desposeído.

Enriqueta, mi agreste azafata, a quien no di participación del escondite, seguía a su tía, colmada de sollozos la boca abultada y roja.

Me es dado ahora tocar con dedos sabios la riqueza de aquellos instantes. No me apenaba siquiera el oír mi nombre, balbuceado entre lágrimas. Estaba cierta que, a un pequeñísimo grito mío por debajo de aquel sombrío armatoste, la congoja de todos se cambiaría en sonrisas. Y como el jugador que tiene presa en su mano la suerte del contrincante, me dejaba estar, sin hacer movimiento alguno, reteniendo sobre la felpa cordial de mis perros el alocado tropel de la risa.

Alejadas ya Rosa y Enriqueta, oía ahora indistintamente las voces de los medieros. Arrancados de sus faenas por las preguntas angustiosas de la abuela, se unían a la búsqueda febril.

—No hace mucho pasó la patroncita por las melgas de cebollino—aseguraba el más fornido de ellos.

Los otros dos, llevando todavía las horquetas de labranza:

—Ha de estar por los cerezos—repetían, uniéndose en la afirmación, como brotada de un mismo acento.

Aquel escondite empezaba a cansarme. Tenía entumecidas las rodillas por la incómoda posición, y hasta los perros notaban ya lo absurdo del capricho y me lo demostraban, arqueándose intranquilos bajo los retorcidos hierros que nos retenían.

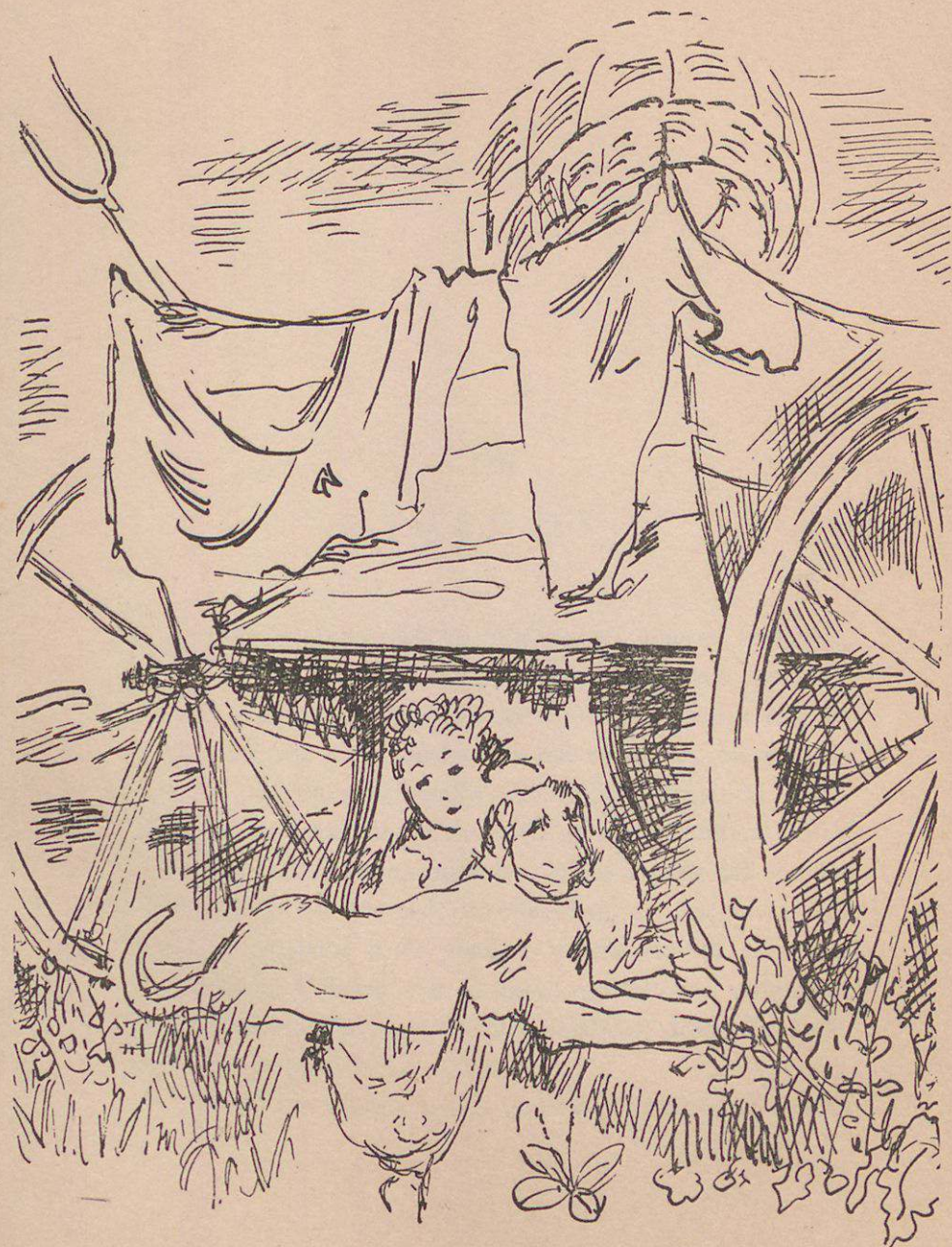
Mi nombre seguía rebotando como un minúsculo fruto de pesadilla por los ámbitos de la inmensa casona.

De pronto una voz, apelmazada de tragedias, me puso de pie, en eléctrico movimiento:

—Si no aparece la niña, se nos muere la patrona.

Era don Pedro, el cuidador de la quinta, armazón de huesos valientes, sosteniendo una descarnada figura. Caminaba a pasos lentos, y sin apartar los ojos de la tierra, como si de ella esperara una providencial respuesta, repetía su fúnebre salmodia:

—Si no aparece la niña, se nos muere la patrona.



VIII

JUEGOS

MI niñez se amparaba en frágiles columnas de fantasía; muchas veces el sueño me rescató de ese constante divagar despierta, liberándome de aquel afán ciego de prestar mi voz a las cosas que me rodeaban. El silencio largo de esa casa lo hendía triunfadora, tornando inacabable mi parloteo con las flores de aquel laberíntico jardín. Con las palomas, que, anidadas en los muros del cercano Convento de La Merced, revoloteaban de vez en cuando yendo a pasearse a la sombra misma de mi constante monólogo... Y hasta con el agua, que parecía empeñada en reír alborotadamente de mis palabras, desde los surtidores de la pila.

Cuando me dirigía a mis muñecas, entonces el desván

de los juguetes era escenario de una curiosa representación. A la manera de un ventríloquo sagaz, colmaba aquel ámbito de voces diferentes. Mientras prendía a los encajes de la muñeca predilecta una estudiada voz aristocrática, y colgaba de la túnica de una geisha de trapo, otra misteriosa y gutural, iba volcando en la bobalicona sonrisa de Pepito, mi muñeco de cartón piedra, todo el arsenal de los recursos mímicos y parlantes. Casi siempre quedaban silenciosas y destinadas a jugar un rol pasivo tres muñequitas esmirriadas. Negra una, con unos aretes inmensos, que, al oscilar, regalaban al impasible rostro su dorado cabrilleo. Las otras dos, pequeñas y deslucidas, parecían aceptar, de buen grado y sin inmutarse, el triste destino a que mi capricho las condenaba siempre...

A veces, aplastado el moreno reír contra el cristal de la ventana, Mamá Chasca miraba hacia el interior, por contemplar más de cerca aquel universo mío, surgiendo íntegro de mi pequeña e impetuosa voz... Alineadas las muñecas, prestábanse dóciles al vaivén que mi audacia les imprimía.

Juzgándose la niñera de sobra en aquel mundo, en donde no encontraba sitio, huía hacia la calle, burlando con ello a la abuela, que imperativamente le ordenaba cuidar de mí en sus ausencias. No paraban allí las cosas y poco a poco, cansándome del extático mundo, al que sólo mi esfuerzo animaba, corría en busca de Mamá Chasca.

ca. Estaba a menudo en la esquina, sonrojada ante las palabras misteriosas de un hombrazo, que me apartaba de ellos con caricia un tanto ruda. Me tendía siempre una reluciente moneda para comprar parece, de aquella manera, la tranquilidad que yo les quitaba...

Luego de hacerles preguntas que ninguno se molestaba en contestar, iba apartándome imaginando comprenderlo todo. Me decía a mí misma que ellos, junto a los ruidos callejeros, jugaban también, tocándole todo el esfuerzo a ese feo e inmenso muñeco de carne y hueso a quien miraba yo, a mi turno, mover las manos accionando vivamente, con el semblante contraído y sudoroso, frente a una Mamá Chasca, muy diferente a la que acostumbrara ver dentro de casa, gritona y burlesca. Ahora, por el contrario, baja la cabeza, extático el gesto, se asemejaba a una de esas grandes muñecas de las tiendas, con su moreno rostro abatido por el aluvión de esa poderosa voz...

Una de aquellas veces en que me quedé libre de toda vigilancia, quise imitar el valor de los niños que viera trepar riendo a la parte posterior de los coches, que pasaban de continuo frente a nuestra casa. Algunos eran de alquiler y yo los conocía por su desgarrado tapiz, sus escuálidos rocines y esas rasmilladuras que, a modo de lamparones, cruzaban su descascarada humanidad. Casi siempre al pescante iba un hombre que mezclaba las interjecciones a las sonrisas...

Había otros, particulares, con una negra solemnidad, que me hacía recordar la de las carrozas fúnebres. Los arrastraban piafantes caballos, con relucientes arneses, y tras los pulidos cristales se veía a damas emperifolladas y sonrientes. Subían éstas luego de dar a sus galoneados cocheros órdenes breves, que ellos recibían inclinándose, mientras cerraban la resplandeciente portezuela. Uno de estos últimos fué el que se detuvo esa tarde en la casa vecina. Mamá Chasca, doblada la inmóvil cabeza, persistía en aquel extraño juego, sin recuperar aún su facultad de dar golpes o caricias...

Sin ser vista por el cochero, me deslicé hacia la parte trasera y en la barra posterior, sentada como había visto hacer a los niños de la vecindad, comencé a esperar, temblando, que el vehículo se pusiera en movimiento. Pero, sintiéndome incapaz de llevar a cabo tal proeza, dispóniame a saltar a tierra, cuando un seco chasquido del látigo, tal una bala disparada a quemarropa, me inmovilizó. El lujo de aquel coche que tanto me obsesionara, no alcanzó para amortiguar la violencia de los barquinazos, que empecé a sufrir apenas éste se puso en marcha. Quiso el buen ángel, que vigila a los niños desordenados, que Mamá Chasca, obedeciendo sin duda a la llamada de mi terror, alzara por fin la tronchada cabeza. Al verme recuperó de golpe todos sus movimientos y esta vez sus gritos desaforados al cochero me sonaban a gloria...

—“¡Huasca atrás! ¡Huasca atrás!”

Aquel grito que tantas veces oí, denunciando la presencia de un niño sobre aquella empinada barra, volví a escucharlo ahora, coreado por unos arrapiezos que, por encontrar singular la presencia de una niña tan pequeña en el arriesgado sitio, pedían para ella también el consabido castigo. No alcancé a recibirlo; el mismo cochero, alarmado del griterío, detuvo su marcha y sin hacer uso de la temida huasca, alzándome en sus brazos, me depositó en los de Mamá Chasca, que, olvidada de su juego, mojabá con lágrimas mi lívido silencio.

Aquella noche, el compartido secreto nos hizo enmudecer ante la llegada de la abuela...



IX

MI PRIMO LUIS

REBOTAN apagados contra el muro firme de la memoria muchos incidentes de la niñez. Otros, en cambio, se yerguen potentes por entre las espesas nieblas. Estos últimos arrastran ahora la endeble figura del primo Luis. El regalaba a mis silencios el botín de sus constantes travesuras. Traíalo a jugar a casa la tía Rosa, una alta y huesuda anciana. Cifraba en él sus esperanzas más secretas. Habría de ir perdiéndolas una a una a lo largo de los años.

Vivían en una casa pequeña al otro lado de la ciudad y con mi abuela emprendíamos algunas noches aquel camino interminable. Debíamos atravesar la Estación, trepidante de ruidos. Al pasar bajo un oscuro puente, sentía-

mos cruzar sobre nuestras cabezas los pesados trenes, cuyo humo se interponía, prieto y desagradable, privándonos por un instante de toda visión. Casi siempre, a estas periódicas visitas nocturnas seguía una solemne de la tía Rosa y su sobrino y alterábase con ella el ritmo monótono de mis horas. Una enfermedad perenne habitaba su escualido cuerpo. Encaramado en altísimos huesos, semejaba una derruida fortaleza, todavía en pie por un misterioso alarde de fuerzas. Entre lastimeros quejidos, se enorgullecía de no haber permanecido en cama sino las horas que los mortales dedican al descanso. Creía enriquecer el linaje de sus males cuando caminaba de un lado al otro de las habitaciones, profiriendo amargas quejas, a las que mezclaba fuertes eruptos y llamamientos a la divina gracia de la Virgen. Poco dada a la meditación, contrastaba con mi abuela, quien, silenciosa y pensativa, zurría con su diligencia apasionada los secretos aires hogareños.

La tía Rosa, cuando sus achaques le daban tregua, repetía en cambio, con una agobiadora escrupulosidad, los dichos y las acciones de sus antepasados. Escarmentaba las vidas ajenas con sutil maestría, dándoles y quitándoles, alternativamente, honra y pro. Si abuela posaba una mirada severa sobre su rostro, un repentino ¡ay! truncaba en flor sus maliciosos comentarios. Entonces aquel dolor, al que habían puesto dique sus recientes suposiciones, se

desbordaba, anegándola entera en un súbito y plañidero gemir...

Era vehemente su ansia de saberlo todo. Sin disimular esta debilidad, la lucía, acercándose a los que hablaban de sus intereses o de los ajenos.

Su alta y apergaminada figura adquiría una extraña sugestión, por aquellos vivos ojos que se arremansaban de pronto en una mirada inquisidora.

Una increíble resistencia sostenía en pie su curiosidad insaciable y ese mal que a ratos se desgranaba, como una apretada mazorca, en ayes, rezos e imprecaciones.

Raramente se advertía en aquel seco rostro dulzura o piedad, y si en ocasiones un vaho tierno empañaba sus pupilas, aligerándole los rasgos, era porque el primo Luis le acercaba su menguada figurilla y conseguía humanizar esa enhiesta atalaya, escueta y resonante.

La impasible fisonomía del sobrino y su deslavada persona adquirían fuerza sólo cuando lejos de los mayores podía, a voluntad, cambiar mi arrobo en asombro o éste en una sensación casi dolorosa de miedo. Sucedía esto último cuando jugaba con las lagartijas que sobre una tapia del huerto paseaban su gracia cautelosa. Primero las mirábamos de lejos, palpitantes y femeninas, ondular cubiertas por aquellos centelleantes abalorios, que a la luz del sol se irisaban en una fugaz pirotecnia. Luego Luis iba acercándose lentamente y conseguía siempre capturar

alguna: la apretaba entre sus dedos crueles, sin alterarse en lo más mínimo, con aquel gesto inexpresivo que le era peculiar.

Les prodigaba nombres inauditos mientras espiaba todas las fases del terror, copiándose en mi rostro empalidecido. Cuando mis sollozos despuntaban, por fin, cesaba de jugar con las escalofriantes lagartijas. De un salto simiesco trepábase a la más alta rama de un árbol y empezaba desde allí a lanzar, en copiosa lluvia, sus azucarados frutos. Y no descendía hasta que bajo la sombra, rayada por el sol, escuchaba de nuevo repiquetear mi risa a modo de una música feliz.

Cada visita del primo tenía para mí una reminiscencia diferente. Si habíamos observado, tendidos en la tierra, a la salida de un hormiguero, la diligencia de las diminutas obreras, o escuchado, entre dichos maliciosos, los relatos de un viejo a quien llamaban Tío Beño, mis recuerdos más tarde estaban plenos de una dulce nostalgia. Mas, cuando su porfía me arrastraba a abandonar mi quietud para correr en su persecución y, luego de aquella carrera por los potreros, ostentaban mis piernas el arañazo innumerable de las ortigas, entonces su rostro se me tornaba hostil y un fino rencor crecía después a la orilla de su nombre.

A veces irrumpía, en medio del juego, la erguida figura de la tía Rosa. Sin prestarme atención, se inclinaba a

acariciar al sobrino. A cada movimiento de sus manos, el rosario, siempre prendido a ellas, entrechocaba sus cuentas, que, a manera de agudos dientecillos, devoraban nuestro alborozo. Aquel leve ruido persistía hasta perderse, enlutada y altiva, en la maraña de la arboleda...



X

EL PATIO

Los primeros recuerdos lindan casi siempre con el sueño. A menudo un remoto fulgor se detiene frente a nosotros para devolvernos la desvaída reminiscencia. La abuela aparece en cada una de las mías, sosteniendo mis emblesos o amparando mis temores.

Entre nieblas se descuelgan ahora del pasado figuras de niños con los que jugué en un blanco patio. Estaba éste rodeado de galerías por las que trepaban ágiles enredaderas. Sus baldosas relucientes eran como maliciosos espejuelos, copiando en pequeño la exacta dimensión de nuestras travesuras. Y hasta la pila central parecía corearlo todo con su cristalino chasquido.

Empecé en aquel patio a deletrear el significado ocul-

to de los seres y de las cosas. Sin embargo, estaba tan pequeña para ese continuo hallazgo de sensaciones.

Entré a formar parte del conglomerado infantil y muy pronto aquellas voces giraron incesantes en torno a la mía. Estos niños tenían una audacia jovial que los hacía invulnerables a castigos o reprimendas. Y en el loco impulso que daban a sus juegos, fuí sacudiendo uno a uno todos mis temores.

Don Rafael no conseguía restablecer el orden entre sus hijos. Doña Laura, bella y mundana, daba al corregirlos gritos agudos, que no eran sino bocanadas de perfume, inconsistente para derribar la tenaz armazón tras de la que ellos se amurallaban. Los dos mayores pertenecían a otro mundo diferente. Aislados e impenetrables, se asomaban al patio a mirarnos jugar o, ensayando una intempestiva severidad, nos obligaban a callar en la más alta cima del júbilo. Laura tenía ya novio y mero-deábamos a su alrededor por arrebatarse el secreto a su sonrisa, que se nos antojaba cada día diferente. No lo conseguíamos, ni tampoco quebraba nuestra algazara la impasible seriedad de Rafaelito, que detrás de su naciente bozo parapetaba sus insólitas dignidades.

Raúl, Raquel, algunos primos y uno que otro vecino atolondrado, constituían el grueso de nuestras fuerzas. Raúl era brusco y malintencionado, abusaba de su poder, obligando a los más pequeños a soportar sus arranques

coléricos o su despiadada alegría. A ratos me hacía blanco de sus burlas o de su furor, y entre sus crueles brazos tembló muchas veces mi cuerpecillo sollozante. Raquel era de mi edad y fué una de las primeras niñas con las que cambié esas menudas e intrascendentes palabras de las cuales está henchida nuestra ciega niñez. Llegamos a ser inseparables; cuando me dejaban dormir con ella nuestro parloteo picoteaba insistente las paredes de la noche. Sólo al chistarnos los mayores dejábamos al sueño apoderarse de nosotras. Raquel tenía un rostro sonriente y unas pecas montaban diminuta guardia junto a su blancura lechosa... Su cabello rubio, ensortijándose en las sienes, formaba allí pequeños remolinos almibarados. Me defendía heroica y tenazmente del asedio de su hermano, y cuando en el patio arreciaba la contienda, me conducía a las habitaciones donde la presencia de sus padres aplacaba las furias del perseguidor.

Graciélita, la hija menor, era un sér frágil, al que no osábamos ni siquiera tocar, temiendo que se evaporara entre nuestros dedos su refulgente delicadeza. La madre la llamaba Misol, por asegurar que los alumbraba a todos. Predilecta y mimada, iba y venía por entre los juegos y las palabras, casi aérea, acorazándose en su propia debilidad.

Era espléndida aquella casa y también lo eran sus moradores. La nuestra, en cambio, sencilla, austera, y sin más habitantes que mi abuela, Mamá Chasca y una antigua criada,

me parecía triste y sin brillo. En ella la sombra de las dos tiernas viejillas dibujaba por las noches, sobre las paredes en las que la luz se desvanecía, súbitos aquelarres que se disipaban sólo al conjuro de sus cariñosas voces, que llegaban a rescatarme de la aterrorizada contemplación. Era como si unos fantasmas se abalanzaran sobre esas dos sombras buenas, tornándolas a esa hora temibles. La otra mansión, en cambio, estaba engarzada de cánticos y hasta por sobre las altas horas de la noche andaba un rumor de risas disputando con el sueño... El tintineo de la vajilla, los murmullos erizados de alegría y el perfumado zigzaguar de doña Laura, volcaban en mis sensaciones un fino polvillo de molicie. Aprendió mi niñez a captar esas exquisiteces que dan tanto regalo a los sentidos. Me obsesionaba además la pequeña habitación donde fulgían las sedas y terciopelos, entre los que revoloteaba la vanidosa indecisión de aquella señora y la callada diligencia de abuela. Y mil veces preferí, al alocado torbellino del patio, aquel rinconcito desde donde podía espiar el ímpetu posesivo de esas blancas manos sobre el confuso arsenal de sus galas. Las irisaciones punzantes del raso giraban por entre la paciencia sabia de mi abuela, árbitro ecuánime de esta frívola contienda.

En aquel gabinete de costuras se oficiaba cada tarde un rito perturbador. Un misterioso secreteo, al compás de las ágiles puntadas, o un comentario festivo, rubricando

un hilván, mantenían acaparada mi atención. Pero de repente finos gritos trizaban mi encantamiento:

—Lile, Lilita, veeeen...

La ansiedad de Raquel se encaramaba a su voz, alargando cada sílaba. Arrebatada bruscamente a la contemplación, deslizábame hacia el patio, hacia la encendida fogata del sol y de las risas...



XI

EL BANQUETE

ERA grata la vida en aquella casa y a menudo los saraos remarcaban la suntuosidad del ambiente. Con silenciosa gravedad iban entonces los servidores alistándolo todo. De los espesos y aromáticos armarios libertaban la vaporosa mantelería. El baccarat cantaba agudamente al ser rescatado también de las vitrinas. ¿Y qué decir de la platería? Era como un agua remansada entre sus dedos fieles...

Cuando en aquellas noches supremas quedaba aderezada la mesa del banquete, permitían a los niños mirarla desde lejos. Mi curiosidad recorría entonces los senderitos de flores que sobre el mantel señalaban el paraíso de frutas y golosinas. Más tarde nos alineaban para contemplar el paso de los invitados hacia el comedor. Cegada por el

S T E L L A C O R V A L A N

zaron a despuntar en mí las primeras desobediencias. Las miró surgir mi abuela en aquella blanca casa y en el desorden de nuestros juegos nublábasele el rostro, tal si adivinara una temible amenaza cernida sobre mi alegría. En las breves horas que permanecíamos en casa, apegaba a mi cuerpo sus arrugadas manos, intentando recuperar su antiguo ascendiente sobre mis pensamientos. Yo sentía entonces caer su ternura impetuosa y protectora...

Pero allí, en la casa blanca, lo olvidaba todo, mientras ella, desesperada, pretendía detener mi risa fugitiva, que, en pos de la de Raquel, alborotaba por las amplias alcobas el sagrado silencio de la siesta...



XII

LA PLAZA

CUANDO el patio se hizo pequeño para contener nuestras expansiones, la Plaza de Armas a la que se asomaba, curiosa, la casa blanca, con la profusión de sus balcones, empezó a brindarnos su frescura. La orillaba un amplio paseo que, por ser, como antes dije, ciudad altiva y de heráldica prosapia, demarcaba una categoría social en cada uno de sus cuatro costados. Si a tan estrictos cánones debieran haberse ceñido mis cortos años, seguramente mi modestia habríame reservado el postrer costado de aquella severa Plaza, mas con mis amiguitos, ricos y felices, corría yo por los cuatro, indistintamente, abarcando así, con ingenua sencillez, la aristocracia desdeñosa y la pobreza digna, de quienes paseaban serenos por

el costado que la costumbre les establecía. Aquel paseo estaba encuadrado por un jardín, en donde las palmeras, cubriéndose de bugambilias, como de vaporosos chales, dejaban escapar a ratos un punzante reclamo. En los grandes árboles, minúsculas casitas eran habitadas por palomas que a ciertas horas inundaban con su algodonoso revoloteo el centro donde los verdes se arremansaban. El hermoso quiosco, imán de las infantiles ambiciones, se erguía con sus metálicas rejas, aguardando siempre la próxima efeméride para resplandecer con renovada solemnidad. Un servidor paciente iba siguiendo al corro por entre frondas, imponiéndose al desorden con sus inútiles gritos. Nos agrupábamos a su alrededor sólo cuando arreciaban sus amonestaciones y amenazas, pero al más pequeñísimo descuido suyo, volvía Raúl a dirigir nuestros destinos, avasallador, como un Júpiter tonante.

Caían las enredaderas desde los añosos árboles, congelando su albura en los retorcidos troncos. Raquel y yo nos rezagábamos y a la sombra de los pinos cogíamos los pequeños frutos desgajados de las resinosas piñas. Pronto notaba nuestra ausencia el victorioso y cruel capitán de aquellas huestes y tornaba a oírse el imperativo llamado.

Pero la diaria fuga por entre esas estatuas, a cuyo pie ensayábamos la perfecta movilidad, habría de tener un fin inesperado y triste.

Una tarde en que crecían las sombras al borde de nuestro juego, un grito agudo se clavó en el crepúsculo. Lo lanzó Raquel, al verme desaparecer en vuelo por una de las alcantarillas. Aquel aire, aquellos árboles, desaparecieron al tragarme el agua viscosa. El grito de Raquel, cada vez más punzante, hería mis oídos. En torno a él, un oscuro y trágico miserere: órdenes a las que seguían ruidos extraños; después, remoto ya, un coro lúgubre de lamentos, muy arriba de mi desesperación.

Sentí gruesas cuerdas caer sobre mi espalda. Una escala trenzada trajo por fin a un hombre que me tomó como a un ramillete de sollozos de entre el agua cenagosa y me depositó en los brazos de la abuela.

Aquella noche, como un pajarillo aterido, me dormí, escoltada por su llanto, en la austeridad de nuestra casa. El pánico reciente, alzaba desde su garganta preces profundas y aladas jaculatorias.

Si abuela o Mamá Chasca no prendían a los míos sus dedos protectores, me parecía ir de nuevo remontando negras aguas de pesadilla. Al volverme el conocimiento, la sonrisa de Raquel perfumó mi languidez. Detrás de ella, silencioso y recogido, estaba el cónclave infantil.

No volví ya tan a menudo a solazarme en el dorado esplendor de la casa blanca.

Esas prolijas costuras con las que la abuela aumentaba los ingresos familiares, renovando incesantemente los ata-

víos de doña Laura, cesaron a partir de entonces. Urdían ahora sus hacendosas manos una red de quehaceres dentro de nuestros ámbitos hogareños. Y si de tarde en tarde nos apremiaba un insistente llamado, era más pálida la alegría del encuentro; como si aquella fatal y negra caída hubiera puesto fin al alborozo irresponsable.

XIII

EL CARNAVAL

SÓLO una vez más volvimos a ser los mismos. Los mayores, desde los ventanales, contemplaban nuestro girar. Mis sentidos percibieron esa tarde un goce bordeado de pánicos. Era el Carnaval con sus miles de rostros enmascarados. Las pequeñas, fieramente prendidas a las manos de las doncellas, mirábamos esas altísimas figuras escuálidas terminadas, por encima de nuestra inquietud, en una cabezota que reía estúpidamente.

Todo esto permanece en mi memoria, estabilizado en un estupor mezclado con lágrimas. Las derramábamos Raquel y yo, también Graciélita, desde la firme atalaya de su niñera, cuando personajes extraños, con túnicas verdes o

encarnadas, mostrándonos sólo el dardo de sus pupilas brillantes, pretendían acariciarnos.

La Farándula, en tanto, iba repartiendo por las calles sus vivos clarines. Las murgas henchían el aire con su música ambulante, a la que acompañaban estrofas festivas, casi siempre críticas a uno que otro personaje de relieve... En torno agrupábanse personas para celebrar cada una de estas ocurrencias. Venían hasta de los barrios más apartados y eran casi siempre la de San Luis y la de La Pampa, las que rivalizaban en ingenio. Esta última aludía a veces, en los cantares, a un gigantón de su Parroquia, a quien llamaban, tiernamente, Carlitos de la Pampa, robusteciendo con su estatura la importancia del conjunto, al hacerlo héroe del estrépito carnavalesco...

Cuando comparsas y murgas se congregaban por último en la Plaza de Armas, ésta parecía estremecerse con el resonar jocundo.

Eran asaltados casi los que vendían las serpentinas, como si con ellas pretendiesen anudar los mil extremos de la fiesta... Y efectivamente, cuando comenzaban, con sus frágiles amarras a ceñir el cuerpo de los que reían, podía pensarse ya que el Carnaval había sentado plaza en mi ciudad, alcanzando el máximo apogeo... Agregábase a esto la "challa", lluvia menuda de papeles multicolores; caía sobre las cabezas formando chillonas diademas que se deshacían al caminar. Trompetas, flautas, pitos,

iban acreciendo aquella batahola endemoniada, que martirizaba nuestros pobres oídos.

Raúl nos había abandonado y con sus amigos le mirábamos unirse a grandes grupos que, a una señal, formaban ruidosos corros, girando incansables en torno a seres pasivos que se limitaban a mirarlo todo, reflexivamente, yendo de uno al otro lado de aquel estruendo cordial...

Reían los mayores desde los ventanales, reían también las doncellas, tironeadas sin piedad por nuestra angustia; desconociendo los innumerables ritos del Carnaval, no hacíamos otra cosa que asustarnos... Unas siniestras personas embozadas se unían al coro de risas. Debían conocernos porque danzando cantaban nuestros nombres en la Plaza empenachada de gritos.

Un murciélago, copia inmensa de aquel otro con el que jugara el primo Luis, haciéndolo fumar cruelmente, estaba ahora a nuestro lado hablándonos, con una voz gutural y aterradora.

Alzaba sus grandes patagios y plegábalos después al fino cuerpo. Erguido enfrente de nuestro terror y sin apartarnos sus ojos, cubiertos, casi íntegramente por una capa, negra y lustrosa, murmuraba con una voz escalofriante:

—Misol, ven conmigo, no te haré daño.

—Raquel, ¿me conoces? Y tú, agregaba poniendo sobre mi hombro sus afiladas garras, ¿sabes quién soy?

El llanto de Misol amenazaba desbordarse como un

S T E L L A C O R V A L A N

mar diminuto, desde el peñón firme de su aya compesina y hasta vimos nublarse la claridad del día, detrás de aquel enorme pajarraco. Cuando ya el miedo iba a precipitarnos en la más horrible y desairada de las situaciones, una voz salvadora, la de doña Laura, se alzó clarísima sobre nuestro aire, tachonado de tragedias:

“Rafaelito, te prohibo terminantemente que asustes a las niñas.”

Una risa empapada de lágrimas sucedió al pánico reciente y ansiosas empezamos a curiosear aquellos poderosos y tensos patagios, que ocultaban por completo al primogénito de la familia...



XIV

EL COLEGIO

LLEGÓ la época de entrar al colegio y cesaron esas conversaciones interminables que mantenía con mis muñecas. Las alineaba, hablándoles hasta quedar ronca, sin lograr sacarlas de su bendito ensimismamiento... Me encontró la abuela muchas veces dormida en el desván de los juguetes, entre aquel frágil auditorio, cuya silenciosa actitud terminaba por adormecerme. Todo esto quedó relegado al olvido con la nueva senda abierta ante mis pasos. Por ella caminé triunfante cada mañana, llevando cuadernos nuevos y lápices de colores, con los que garrapateaba figuras estafalarias, que se quedaban sin ser ni monos ni letras...

En aquel Colegio particular, la señorita Corina lucía, cada mañana, una paciencia nueva, incubada, según creo,

durante la noche, para hacer frente a aquellas picardías que en vez de disminuir perfeccionábanse con el tiempo. Ahora comprendo el heroísmo de esa buena señorita al soportarlo todo impertérrita. Con una sonrisa que más parecía un rictus, aguardaba nuestro silencio para poder seguir hablándonos de los milagros de la Historia Sagrada.

—“¿Qué hace Vd., niña desatenta?”, solía decir al verme, completamente ajena al mundo bíblico que ella quería hacer brotar de su palabra, como un nuevo Moisés de la oratoria... Y yo, en verdad, no acertaba a explicar qué era lo que me dejaba, alelada y absorta, fijos los ojos en un recóndito paraje...

Comparaba en secreto aquella casa tan pequeña, en la que el bullicio de muchos niños hacía la infinita, con la nuestra, espaciosa y llena de suaves recovecos, por la que a ratos me deslizaba silenciosa y descontenta. Entre las cuatro paredes de esa pequeña sala de clases iba y venía un cálido runruno, de claras risas e intempestivos silencios, nacidos entre las mismas hojas del Silabario. En casa me esperaba sólo la impassibilidad de mis muñecas y una abuela, a menudo inexpugnable por sus afanes o su tristeza...

Recién llegada al Colegio me intimidó la presencia de tantos niños, todos desconocidos, y mirándome con una alegre curiosidad. A muchos les había visto vigilados fie-

ramente por aquellas brascas niñeras de la Alameda, y aunque ahora estaban accesibles a mis palabras, permanecía muda frente a su bullir inquieto.

—“¿Por qué no juega?” Y de nuevo los ojos interrogantes de la señorita Corina se clavaron en mí vaga timidez. De un rincón del patio me sacó entonces su mano presurosa, y cohibida entre los gritos y las risas, fuí colocada en el centro pleno del abejorreo infantil. Me pareció difícil, al principio, divertirme allí, en medio de aquel ruido.

Tenía yo del juego en general una noción menos ensordecedora. En el tumulto de mi imaginación iban creciendo cada día misteriosos entretenimientos, que gustaba yo de descubrir sólo frente al auditorio de niños quietos y hasta un poco tímidos, que en el fragor de las siestas oían, embobándose, tan fantásticas ocurrencias...

Aquel grupo más o menos reducido conciliábase mejor con el extraño capricho que me impulsaba a dejar siempre abierta, en cualquier juego, una misteriosa puerta para evadirme cuando la tensa expectación me fatigaba... Allí, por ejemplo, hubiera sido inútil formar, con esos niños, electrizados y felices, un sereno y mudo círculo para divagar casi en secreto... Sin embargo, empecé a sentir una vital alegría, y posesionándose ésta de mi ser no buscaba ya puertas para escapar de su vivo contacto.

Formé parte de los corros, y en la apajarada tertulia de voces vibraba también el eco de las mías. Llegó a ha-

cérseme penoso el regreso a casa y esperaba anhelante la hora en que debería volver a aquella otra, en la que muchos niños reunidos me habían dado la exacta noción de una felicidad desconocida para mí.

El patio, del que disponíamos en los recreos, estaba adornado por la consabida pila. A ella nos abrazábamos en el ímpetu de nuestras rondas inacabables, perseguidos siempre por la pupila vigilante de la maestra. Sergio, nuestro compañero más pequeño, mantenía con su desorden un fino sobresalto que atemperaba los entusiasmos... Con un espartano valor desafiaba los castigos, realizando frente a todos, las mayores heroicidades. Una mañana invernal entró en la escarchada pila y se quedó allí haciendo visajes, hasta que la infortunada señorita Corina logró izarlo por el abrigo. Temblaba ella por las consecuencias de aquel baño insólito, mientras él reía victorioso, al mirarnos apretados unos contra otros, en asustada solidaridad. Este penoso incidente redobló la vigilancia y cuando en la sala nos entreteníamos en hacer gruesos palotes, o en recortar figuritas de papel, la mirada alerta de la señorita Corina continuaba fija como horadándonos el pensamiento.

Poco duraban nuestra diligencia y compostura, que al menor motivo..., y aun sin él, una risa inocente empujaba a las otras, ansiosas por desbordarse en ese túnel de

silencios que era la sala de clases, donde filas y más filas de oscuros bancos retenían nuestra impaciencia.

Una brizna de sol, el zumbir de un moscardón o una tosecilla maliciosa, echaban por tierra todo el orden establecido... Mas, justiciera e implacable, se alzaba sobre el creciente bullicio la regla, y el golpe seco que daba sobre el escritorio, blandida por vigorosa mano, repercutía en las conciencias infantiles. Entonces, y sólo entonces, un silencio brusco iluminaba nuestro pavor...



EL PUENTE

EMPUJO mis pensamientos ahora hasta un camino pedregoso, áspero, testigo de mis correrías infantiles. Como un caldo espeso, el tiempo goteaba entonces sobre nuestra curiosidad, sus densas horas almibaradas.

Desciende mi memoria, saltando por entre piedras y charcos, hasta llegar a divisarme otra vez junto al minúsculo batallón, al comienzo de ese puente, en el que probábamos todos nuestra valentía.

Lo llamaban el Puente de Cimbra. Su trabazón, hecha de resistentes cables, se balanceaba sobre el estero, sostenida solamente por gruesos postes colocados a uno y otro lado de la impetuosa corriente.

En sus barandillas nos agrupábamos, para imprimir,

con todas nuestras fuerzas, un vaivén que iba creciendo gradualmente, hasta darnos la sensación de volar sobre las encabritadas aguas.

El Puente, como un hermano mayor, toleraba nuestras acometidas y en las siestas, rítmico y acompasado, se dejaba gobernar, chirriantes sus maderas a veces, como en una confusa reprimenda que tragábase el torbellino del griterío.

Cuando estaba ya bien en claro el arrojado común corríamos, arrastrados por ese mismo vaivén que iba espesándose lentamente y terminaba por depositarnos a la otra orilla. Allí descendíamos hasta el lecho de guijarros, junto al agua, que balbuceaba su jerigonza de cristales.

Parecían mirarnos desde el fondo unas repolludas zarzamoras que formaban con su apretujada humanidad un cerco compacto. Y era como si se hubieran arremolinado en una rueda de comadres para repartirnos sus negras monedas relucientes.

Aplacadas ya la fatiga y la sed, ascendíamos de nuevo hacia la colgante mole y otra vez—pájaro inmenso—éste alzaba su inesperado vuelo. En muchas ocasiones, una viejecilla o un labriego se disponían a cruzarlo con paso timorato. Interrumpíase nuestro juego y nos apartábamos respetuosos, porque nos intimidaba por igual, la rústica catadura del hombrón aquel o la inseguridad de la vieja que, aferrada con sus manos sarmentosas a la baranda, iba

como una marioneta, ceñida por su gastado manto, hilvanando pasitos hasta alcanzar la otra ribera. Un suspiro de alivio nos brotaba, incontenible, cuando la mirábamos perderse cual una mancha negra que el sol arrastrara hacia el confín.

Dura, tajante, caía la cuchillada del verano sobre nuestras cabezas y como abejorros íbamos y veníamos, volcando sobre los travesaños de madera una bullente actividad. Siempre, al centro, estaba aguardándonos el vuelo, difícil si flaqueaban nuestras fuerzas, pero empapado de ese riesgo que hacía más prometedor el ácido deleite de la aventura.

Sin embargo, había de adquirir el Puente de Cimbra, poco más tarde, sobrecogedora importancia.

¿Cuál de nosotros dió a su vaivén tutelar aquel misterioso significado? Acaso todos, y esto en un instante de pánico compartido. Nos vimos un día acosados por una extraña plaga: sobre nuestras manos, casi nunca del todo limpias, asomaron retadoras algunas verrugas y, como en ellas viéramos un castigo que se nos antojó desmesurado, tendimos hacia el Puente nuestras miradas empavorecidas.

Y cuando en el Colegio debíamos levantar el Silabario para seguir la lectura que de él nos hacía la profesora, escabullíamos las manos, ocultando tras de sus páginas aquellos brotes imprudentes... que atentaban contra la conciencia.

Algunas veces nos aproximábamos al camino pedregoso; pero un súbito temor nos paralizaba y retrocedíamos, temiéndolo todo de esas aguas turbias y hasta de la chirriante madera tan débilmente suspendida.

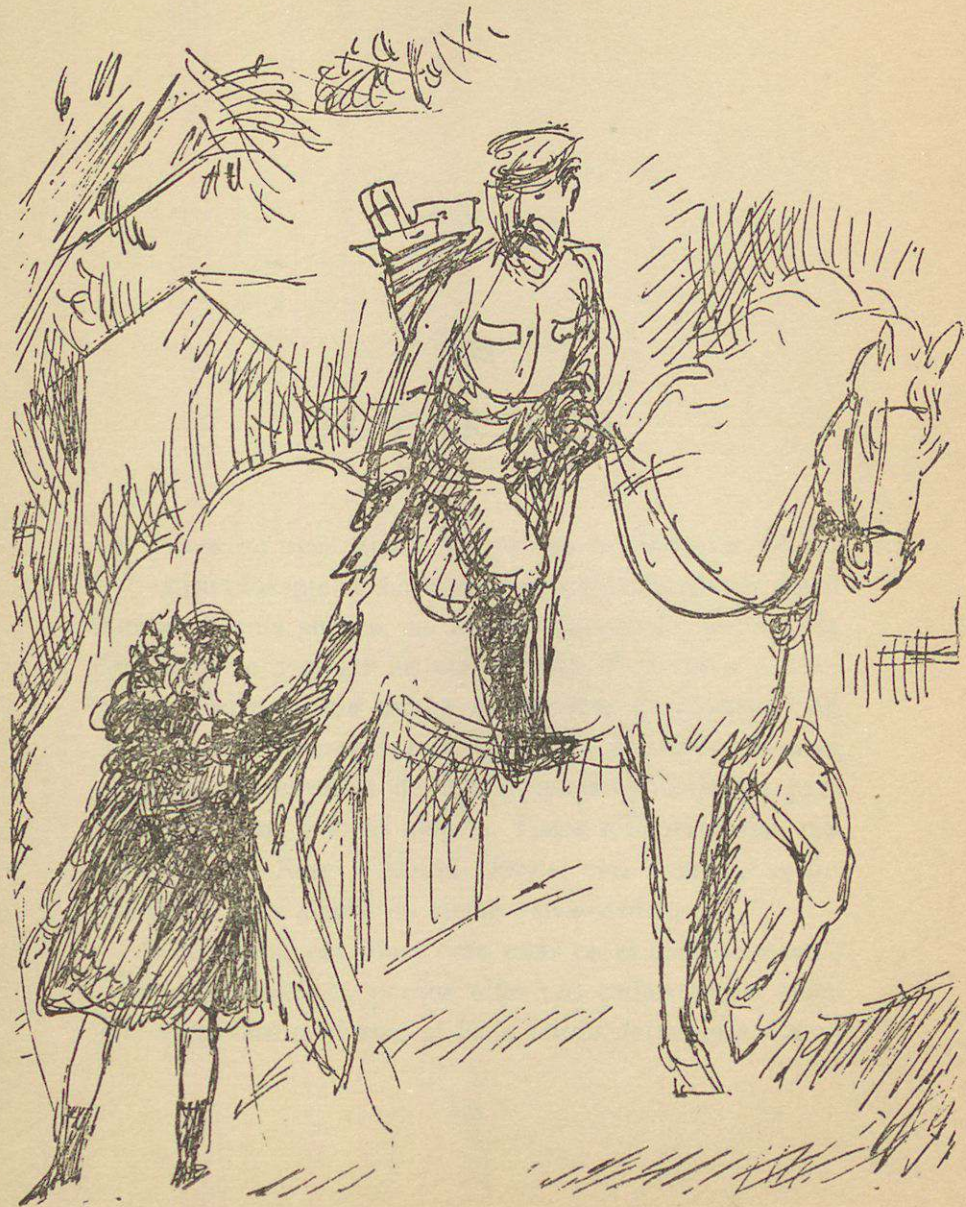
Un consejo de pronto vino a sacarnos de tan amarga cavilación... Y era el mismo Puente, al que no osábamos retornar por haber cobrado ante nuestros ojos tan simbólica majestad, el que iba a convertirse, si teníamos confianza, en el sitio de la más fértil expiación.

El secreto esencial empezó a desparramarse ya como una pólvora entusiasta por entre los oídos esperanzados. Hasta que todos cuantos padecíamos el infamante castigo supimos, a ciencia cierta, cuál iba a ser la salvadora panacea.

Repletos de pan los bolsillos, nos encaminamos una tarde hacia el lugar de tan ardua penitencia, mientras con desesperación frotábamos las violáceas protuberancias, con la escandida miga, que desmenuzaban nuestros dedos febriles.

En larga y silenciosa fila, llegamos al viejo Puente y, poco a poco, comenzamos a cruzarlo. Al alcanzar el centro, cuna que fuera de nuestros antiguos embelesos, obedeciendo ciegos a la misteriosa consigna, nos volvimos súbitamente y, lanzando con violencia sobre nuestros hombros la triturada miga, emprendimos veloz carrera, sin volver la cabeza.

Aún recuerdo con qué fuerza apretábamos, contra el afligido pecho, nuestras manos, con la loca esperanza de restituir a esas aguas vengativas el peso insoportable de aquellas verrugas.



XVI

EL CARTERO

A veces no eran gritos de socorro ni llamados de angustia los que hacían que tornase súbitamente de aquel mundo de mis sueños, en los que la misma duermevela iba dándome a elegir los compañeros. De pronto, era mi propio lecho el que estaba colmándose de juguetes. En aquellas felices noches reía la abuela al mirar cómo el asombro iba cayendo de mis párpados soñolientos para dar paso a una ruidosa alegría. Todos solidarizábanse con ella, y hasta Rosa y Mamá Chasca, casi a medio vestir, asomaban a la alcoba su riente curiosidad...

Memorables ocasiones eran estas en el cerrado círculo de nuestra sencillez, porque ellas nos traían y casi siempre en un tren nocturno, al hada buena de mi infancia. A

la misma que mucho más tarde llamaría yo Mananita, para condensar así, en este nombre que mi ternura le inventara, todos los afectos de que se ha visto privada mi existencia.

Era muy hermosa: parecía que muchas flores, con sus perfumes y su matiz, se hubieran quedado quietas bajo su piel transparente, junto a la húmeda gravedad de sus grandes ojos verdes. Acostumbrada tan sólo a alternar con la abuela o con mis pequeños amiguitos, esta bella aparición, que aguardaba a que abriese los ojos para tomar dominio de todos aquellos regalos, me cohibía. Y luego de mi primer arranque de goce y de oprimir contra mi pecho los que más me gustaban, con el rubor cubriéndome por entero el rostro, tenía que confesarme a mí misma que todas las palabras que hubiera querido decirle estaban allí, formándose en la garganta un nudo de sollozos...

Los días sucesivos apaciguaban mis temores y al cabo de unos cuantos podía ya ir deshojándole aquellos extraños jardines, donde, de pronto, una de mis raras ocurrencias quedaba perfumando la sonrisa de mi benévola interlocutora...

Con ella fuí a las ruidosas matinés del Teatro Palet, en donde la infantil algarabía apenas si me dejaba formular todas esas preguntas de las que mi curiosa mente estaba repleta. También íbamos al Teatro Municipal, y en él asistí a la representación de comedias y melodramas que ten-

dían a robustecer aún más el trenzado de mis fantásticas invenciones...

El Circo tuvo para mí una extraña atracción, pero, al paso que los niños de mi edad gritaban enardecidos con los dichos y piruetas de aquellos clowns, yo me quedé siempre muy quieta, observándolos girar en torno de la pista, llevando sobre el rostro, impresa y en colores detonantes, una triste, enharinada mueca. Les oía decir frases burlescas, pero me asustaba la roja y redonda boca donde parecían almacenarse antiguos sollozos. Los arriesgados ejercicios me mantenían tensa y expectante y sólo disfrutaba cuando un grupo de fieras, temibles y como adormecidas, iba enhebrando habilidades a la orilla de una restallante fusta.

Cuando finalizábanse las vacaciones de mi hada buena, que en un lejano Liceo ejercía sus actividades docentes, la modorra de los domingos se amparaba sólo en las delicias del Peneca, por cuyas páginas desfilaban, accesibles, las aventuras de Quintín y su compañera...

Aunque aún mis conocimientos caligráficos eran del todo rudimentarios, gustaba yo agregar en las cartas que la abuela escribía a mi hada benevolente, unas curiosas posdatas, casi ininteligibles. Fué ella, pues, la primera persona que recibió mis noticias epistolares, con letras, ora grandes como monumentos, ora pequeñitas como puntos suspensivos. La contestación traía en premio un billete, enor-

me fortuna para mi deseo perpetuo de golosinas y cuentos de Calleja. Por aquel entonces, jugó un papel preponderante en mi vida el cartero que, jinete en su caballo blanco, hacía resonar los adoquines de la calle con su paso marcial. Tímidamente le esperaba yo cada día, agazapada en el quicio de mi puerta, y sólo con mirarle la sonrisa, adivinaba que traía el botín de una carta, contra cuya llegada había hipotecado mi crédito en la pastelería más próxima.

—“No le traigo nada hoy, señorita—solía decirme a veces, y al advertir mi desconsuelo, que pugnaba por convertirse en llanto, acentuaba, con gracia campechana, su voz sobre la última palabra. Debe haber pensado el viejo Mena, que así se llamaba este héroe compasivo, que acaso este tratamiento detuviera la pena mía que amenazaba también con desbordar su propia emoción, muy guardada entre fieros bigotes grises...

Llegó a ser este hombre que repartía felicidad, un verdadero ídolo y su oficio lo consideré por aquel entonces el más sagrado de los ministerios... Y antes de cumplir la edad necesaria, en un decisivo raptó, lo elegí para coronar mi existencia. Una tarde, en que el bochorno de la siesta empañaba el espejo bruñido de las calzadas, debilitando la vigilancia de la abuela, con un secreto gozo transfigurándome las sonrisas, caminé, llena de esperanza por nuestra calle y las adyacentes, repartiendo cartas, muchas car-

tas que, atadas con cintas de diversos colores, formaban el andamiaje romántico de mi familia...

¿Para qué hablar del severo castigo, ni mezclar a este primer oficio, tan espontáneamente elegido, lágrimas y más lágrimas, no sólo mías sino también de la abuela? Ninguno de los vecinos devolvió aquellas misivas, muchas de ellas apasionadas, según he sabido más tarde, que llegaron temblando hasta sus puertas en las manos frágiles de una pequeña niña...

XVII

LA BOLSITA AZUL

ERA una fiesta incesante la de asistir a ese Colegio. Había allí seres pequeños con los que me complementaba. En casa sólo mis muñecas y la abuela, sin ánimo a veces para ser niña. Aquello terminó, sin embargo, súbitamente; una mañana, de la mano de ella, que me instaba a tener valor, llegamos a un edificio severo en donde a un toque de campanilla fuimos introducidas en una oficina pequeña. Desde afuera llegaba el aleteo raudo de voces que semejaban alas de golondrina, chocando con los hierros de la ventana.

Una frágil figura de negros cabellos y suave mirada vino hacia nosotras. La nombraban señorita Ema, llamándola de muchos sitios a la vez, como si la suerte de aquel

inmenso Liceo cupiera íntegra en sus manos transparentes... Luego de saludarnos con ceremoniosa cortesía, empezó a anotar en un enorme libro cosas que le murmuraba mi abuela, a cuya mano yo me prendía en un arrebatado pánico. Cuando la señorita Ema, luego de secar con esmero la escritura, vino hacia mí, apenas si pude balbucear mi nombre, mientras ella trataba de animarme con su voz pálida:

—“¿Por qué tiene miedo? Este es un lugar donde se quiere mucho a las niñas aplicadas.” Y al decirlo acariciaba mis mejillas mientras iba desatando con sus manos ágiles, aquel nudo desesperado que a las de la abuela me unía. Esta desapareció antes de que yo pudiera impedirlo, y entonces fui arrastrada suavemente hacia el interior. En mi azoramiento veía cruzar niñas de todas edades que sonrientes se apartaban para darnos paso en los amplios corredores.

¿Cuánto tiempo duró mi cortedad frente a este súbito cambio? ¡Ya ni lo sé!...

Me veo ahora caminando orgullosa, con una carpeta reluciente, al Liceo Fiscal de Señoritas. En las clases se observa el mismo taponado silencio de las iglesias y sobre él las palabras de la profesora suenan a funeral o a gloria. La nueva disciplina me pone nerviosa y a ratos me asalta un loco deseo de reír. De pensarlo solamente, tiritó como un pajarillo asustado.

El nuevo estado de cosas pasa a ser lógico para mí. Siento nacer la primera responsabilidad: la de estar seria y atenta durante las lecciones. Ahora me rodean sólo niñas, y en los recreos, con una seriedad pensativa, elijo a las que habrán de ser más tarde mis amigas predilectas.

He dejado definitivamente a mis muñecas en un rincón. Si alguna vez las tomo por casualidad, ya no me hablan tan al corazón como antes y son en mi mano cositas sin vida. Ahora me apasiona escribir y en mis cuadernos de caligrafía hago desfilar grandes, solemnes letras de caracteres gruesos. Ellas dan una perfecta sensación de sabiduría a mi naciente vanidad.

Hay una visión retinada muy hondo en mis recuerdos y es la de nuestras veladas con la abuelita. Ella, cosiendo silenciosa y yo a su lado, con toda la gravedad de que era capaz, llenando páginas y más páginas con aquella letra dispareja y gruesa. ¡Cuánto daría hoy por volver a ser aquella niña que con tanta gravedad hacía garabatos a la luz de la lámpara!

Como todas las demás, alterno mis aficiones caligráficas con el juego de las bolitas. A juicio del profesorado, éste lesiona nuestra dignidad. Pese a las severas advertencias, el entusiasmo no disminuye y una colección de todos colores es el premio otorgado a mi destreza. Son en su mayoría de cristal y en el sol de los recreos gusto de hacerlas refulgir en medio del asombro codicioso de mis ami-

gas. En casa me han hecho una bolsita de raso azul, legítimo estuche para tanpreciado tesoro...

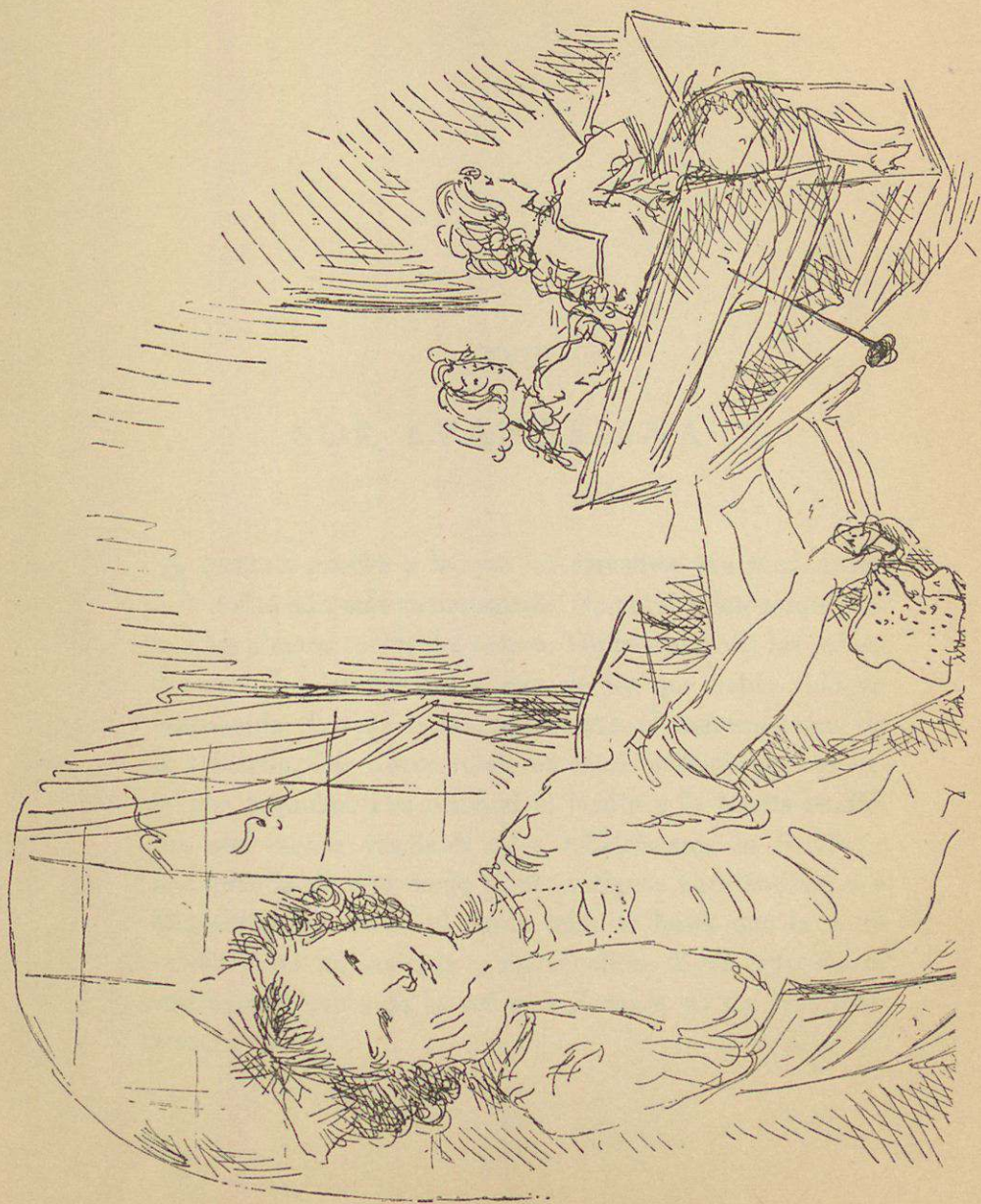
Una tarde, en medio del acre silencio de nuestra hora de estudio, un súbito ruido electriza la sala. Al sacar un cuaderno se ha caído el suavísimo envoltorio arrojando en todas direcciones su tintineante contenido.

—¿Quién es la causante de este desorden? ¡Que se levante! Mis sollozos pugnan por estallar en el centro mismo del pánico infantil. Todas las pupilas se vuelven hacia mí, en tanto arrecia la cólera en la voz y en el rostro de la señorita Zoraida, que prosigue con helada calma: “Castigaré a todo el curso si no aparece la culpable.” Me incorporo como una trémula mancha de sollozos, sin osar levantar la vista, hasta que se clava en mi alma la maligna orden: “Recójalas inmediatamente y arrójelas por esa ventana.” Cegada por las lágrimas busco, por entre los pies de mis compañeras aterrorizadas, la mejor fortuna de mi niñez.

De pie, en medio de mi desventura, aprieto contra el corazón mi bolsita azul... Bajo mi almohada acompaña cada noche el fulgor de mis duermeveras. La orden cruel apaga con sus estallidos mis tímidas razones: “Obedezca Vd. o será expulsada del Liceo.”

El rigor de aquella profesora es el oscuro espejo de mi desdicha y a él se asoma el rostro compadecido de mis compañeras, que suplican también con la mirada. Perma-

nece impasible y de su boca se desprenden de nuevo, una a una, las palabras de aquella horrible sentencia. Mi ser entero se resiste a obedecer y los minutos van cayendo como gotas de plomo. Veo venir hacia mí aquella figura hostil. Entonces, casi desvanecida, me aproximo a ese balcón aciago, desde el cual mi mano, como una paloma moribunda, lanza a la calle el iridiscente trofeo de mi niñez.



XVIII

SOR EVANGELINA

AQUELLA prueba a la que fuí sometida, sin piedad, me tornó aún más ensimismada. No volví a detenerme junto a los alegres corros del recreo. Tintineaban allí los redondos cristales, semejantes a esos de los que había sido yo desposeída. Largas horas pasé entre el maremágnum de la arboleda. Las flores volvieron también hacia mí sus cabezitas trémulas. Era como si el jardín y la huerta tendieran sus manos vegetales para cicatrizarme la herida... Recuperada de este modo a mis antiguos paraísos, volví a internarme por entre el verde tumulto hasta que la naturaleza pulió mi congoja y mi rebelión. Y ya entonces el rostro implacable de la señorita Zoraida no me hizo temblar.

A las compañeras no había dejado traslucir mis ácidos combates, ni dije tampoco de esta paz nueva. A manera de río transparente fué iluminando ésta los recodos de mi pesar. Cuando recuperé por fin los símbolos de mi alegría volvieron las cosas a adquirir su hondo significado.

Dos veces a la semana debía ir al Colegio de María Auxiliadora para recibir lecciones de piano. Al trasponer el umbral separaba, con mente reflexiva, esa tortura de los áridos e interminables ejercicios, de aquel otro goce inédito y siempre fresco de contemplar, bajo la nieve azucarada de una toca, los más tiernos ojos que detuviéronse jamás en los míos. Sor Evangelina, sonriente y espigada, rompía con su viveza la quietud extática de aquel amado recinto, donde letanías y jaculatorias, repetidas con dulce voz, hacían que la risa sonara a sacrilegio. Su hermoso rostro era el de una azucena encarcelada en el tirante cerco de la toca...

Si me debatía en un agrio laberinto de dificultades su mano, rapidísima, hacía brotar del profundo bolsillo del hábito la fresca pausa de un caramelo, o a veces la brillante y pequeña sonrisa de una medalla, que premiaba esa aplicación a la que su misma fe me empujara... Luego, en casa, contemplándola, se hacían menos pesadas esas largas horas de estudio.

Imaginaba entonces que un hombrecillo malhumorado se ocultaba dentro del manómetro. Vigilando desde allí

mis indecisiones, hacía ir más de prisa el péndulo inflexible. Si lo hacía para aterrorizarme, no lo conseguía porque, por encima de aquel isócrono ruido y de aquella pícaro cabezuela de color caoba, mis ojos alegres veían a la propia Sor Evangelina, animándome con su sonrisa placentera. Y eran mis dedos sobre el teclado, un pequeño batallón que luchaba cuerpo a cuerpo para vencer esa porfía diminuta y malintencionada con el arranque de unas escalas tumultuosas. Estas eran a veces tan continuadas que mi abuela se detenía a contemplarme y me instaba a dejar el estudio. Yo me negaba, misteriosa y reticente, a abandonar el piano porque aquello hubiera sido defraudar a la querida monja y, además, permitir que las carcajadas burlescas del malicioso hombrecito pusieran a los demás en antecedentes de aquel duelo singular. Horas enteras de encarnizada lucha no abatían al enemigo: desde su fortaleza proseguía imperturbable, marcándome su desafío con acompasado y monótono ritmo.

Un día, empeñada en abatir al pequeño contrincante, la sensación aguda de ser observada me hizo volver la cabeza. En efecto, dos ojos serios miraban desde la calle. La ventana entreabierta les permitió inmiscuirse en esa intimidad, hecha de cansancios y de porfía. Enrojecí orgulloso al ser objeto de la atención de aquel muchacho que, vecino de casa y mayor que yo, obtuvo con sus dia-

rias e insistentes miradas que al rubor y a la turbación del primer momento, siguieran unos extraños despuntes de vanidad...

Sor Evangelina había encontrado en él un nuevo aliado, ya que mi dedicación al estudio se hizo más intensa aún... Eran notorios mis progresos y ella me los premiaba, intensificando su tierna solicitud.

Cuando la monja-portera me introducía en la reluciente austeridad del locutorio para que aguardase allí mi turno, una rara curiosidad me hacía mantener erguida la cabeza como a la espera de un suceso extraordinario. Ojos inquisidores iban y venían desde afuera, deteniéndose algunos en mi persona y en aquellos métodos que, fuertemente asidos a mi mano, justificaban mi presencia en ese lugar.

—“¿Dónde está la pequeña pianista?” ¿Qué sorpresa me prepara hoy?

Y entonces, toda yo era como un racimo dócil que se prendía a las viñas densas de su ternura. Habrían de arrebatarme pronto también aquella maestra, porque su carácter expansivo y dulce obligaba a quererla ciegamente. Fué enviada a un lejano Colegio, siguiendo la rigidez de unos votos, que las obligaban a desplazarse con frecuencia.

Si lanzo al aire mis recuerdos de infancia para recoger de entre ellos los más entrañables, salta de mi mano, como un pájaro feliz, aquel que me devuelve un cándido

arrobo: el que me hacía sonreír, mientras resonaban, tras los pasos ágiles de Sor Evangelina, los míos, menudos y esperanzados, que la seguían, por entre la sombra de los corredores, hacia la sala de música...



XIX

DOS CASAS... Y OTRA MÁS

VIVÍ mi niñez en dos casas diferentes. Una, asaeteada por los trinos, con el yelmo de unas frondas aisladoras. La otra, en el corazón mismo de la ciudad, accesible al ajetreo, prendida al rumor de la calle. Parecía recoger por sus muchas ventanas todos los ecos exteriores para esparcirlos luego en el silencio de sus aposentos.

La una lindaba con el campo, puesta justamente en la intersección de dos caminos rurales, de esos que ofrecen raras lejanías y metas imprevistas.

La de la ciudad, encajada como en un alvéolo, en la airosa simetría de las otras casas—blanca dentadura de fachadas sonriendo a los transeuntes—. Se recostaba junto a una iglesia vetusta y compartía con ella, fraternalmen-

te, hasta un viejo muro. Este llegó a ser motivo de oscuras discusiones entre la abuela y los religiosos. No siendo, pues, aquella vecindad todo lo grata que debiera, éramos los de casa feligreses de otro templo. Situado un poco más lejos, nos llamaba a misa con unas campanadas sin sombra...

He ido aprendiendo, mucho más tarde, cómo a veces los seres lejanos son los que nos dan el manjar más entrañable y el goce más hondo... En esa casa de la ciudad, en un rincón en el que se fueron acumulando juguetes de todas clases para hacer lucido marco a mis muñecas, me encerraba por horas y horas. Empezó entonces este monólogo conmigo misma, prestando mi voz a las extáticas figurillas, que me lo premiaban con su mirada cristalina y arremansada. En aquella atmósfera secreta esponjóse mi fantasía. Un mundo diferente surgió al abrigo de esas queridas paredes. Había una ventana altísima a la que se asomaban unos naranjos pensativos y unas matas de camelia. Pretendía alegrarlos la risa insistente de un chorro que en el centro de la pila mantenía, con sus húmedas carcajadas, la frescura del jardín. Rara vez una mano se aventuraba por aquel matorral. Crecían las plantas anárquicamente y en el desgredado verdor gustaba hundirme, arrastrando conmigo a las muñecas preferidas. Cuando en raras ocasiones desatendía la abuela sus afanes en la casa-quinta por dedicar a este hirsuto reino mío sus cuidados, sufría

yo, ceñuda, lo que juzgaba una profanación. El metálico jadeo de la tijera podadora, cercenando maternales ramas, constituía un tormento insufrible. Yo tenía alma de jungla, y encerrada en mi desván miraba entre lágrimas las plantas, empequeñecidas e uniformes, sobre unos prados demasiado pulcros para aventurarse en ellos. No poseería ya escondites deleitosos y hasta la pila parecía diferente, emergiendo retardora de una comedida vegetación... Desde el alto mirador iba siguiendo, con creciente ansiedad, el misterioso irrumpir de la fronda, hasta que al fin descendía de nuevo a sumergirme en sus intrincadas mareas... Al amparo de ellas crecí solitaria. Por aquel entonces, la abuela partía temprano, abandonándome a los cuidados de mi niñera Chasca. Mis extraños soliloquios empujaban a ésta a desatenderme muy a menudo, confiándome a la compañía de mis juguetes.

En las tardes, ambas salíamos al encuentro de mi abuela que volvía fatigada de atender al cuidado de sus plantaciones. Poco después se unirían todos nuestros afanes en la inmensa casona. Entretanto, esta alegre dualidad me permitía un desdoblamiento de sensaciones, a las que yo pastoreaba en el aprisco de mi inagotable fantasía. Otras emociones iba regalándome el Liceo. La señorita Rogelia enorgullecíame, pues a mis letras toscas y vacilantes agregaba ella en mis cuadernos su alta y perfilada escritura. Esto redoblaba mi aplicación y por las noches la abuela

hallábame dormida sobre aquellos cuadernos en los que pretendí, vanamente, infundir a mi deshilvanada caligrafía el ímpetu aéreo, el aristocrático perfil de esas letras que yo hubiera querido tanto emular.

Por aquellos días una casa llegó a obsesionarme. Camino del Liceo debía pasar a diario frente a su vetusta magnificencia. El silencio y la soledad que parecían reinar en ella me atemorizaban, pero a la vez un impulso irresistible hacía que me detuviese siempre.

Jamás encontré a nadie en aquel inmenso patio al que comparecían, culpables, unas ventanas adustas, selladas a piedra y lodo, como si allí la fábula del Príncipe Encantado y la dormida Princesita fueran abrumadora realidad. La única señal de caudalosa vida constituíanla unos arbustos de camelia que parecían montar guardia con su verdor reluciente a todo aquel congelado silencio. Situada frente a la iglesia de Santo Domingo, las campanadas ingenuas que llamaban a misa, escuchadas desde aquel sombrío patio, sonarían a muerto. Más de una vez mis pasos se aventuraron, tímidos, sobre aquel compacto encaje de menudas piedrecillas que formaban un increíble parquet de limo, verdín y pesadumbre...

Una mañana habría de romperse, sin embargo, el maleficio que yo sentía gravitar sobre aquella casa. Me detuve, como de costumbre, a mirar esa quietud que parecía corporizada. Un fresco golpe de perfumes me inmovilizó

alivianando mi temor. Blancas flores de camelia, como rostros curiosos, me sonrieron tranquilizadoras. Me disponía a entrar sigilosa para coger alguna que fuera testigo fragante de mi valentía, cuando vi a una niña rubia y pequeña cruzar riendo aquel austero patio. Desvanecidas como por ensalmo todas las fantasías, proseguí mi camino.

Nunca más volví a lanzar una sola mirada a esa lúgubre casona en donde se petrificaron hasta mis leyendas...

XX

LA ABEJA

“¿QUIÉN está ahí?” La voz salía rota, deshilachada por la cólera. Y antes que ésta arreciara sepul-tándonos y rebotando luego, desarticulada, por los patios y las salas de clase, avanzamos, como tres blancas manchas culpables, desde la tajada oscura del galpón hacia la incandescente furia de la Inspectora General.

Nuestros delantales traían adheridas pequeñas escamas de polvo que al caminar hacia la sala de castigos se desprendían en leves humaredas oscuras con las que el sol formaba al instante extraños arabescos.

No hablamos entonces una sola palabra ni aun cuando los airados pasos se alejaron. Allí, inclinadas sobre el cuaderno, empezamos a trazar con esmero aquellas líneas que

comenzaban siempre con una N gigante y pretenciosa, para continuar después la terrible frase con menudas letras que a medida que perdían fuerzas iban bamboleándose a la luz violenta de la mañana.

“No volveré a faltar a clases”... “No volveré a faltar a cla...” La pequeña mano deteníase de pronto en la mitad de una terminante negación para espantar a una mosca importuna. Abrazada con sus finísimas patas al lapicero parecía adherirse fraternalmente a esa agobiadora tarea. Producía además, en señal de complacencia, una musiquilla desagradable con sus alas diminutas.

Mis dos compañeras comenzaron atrás, en la última fila de bancos, un cuchicheo fatigante que entorpecía el desenvolverse lento de mis pequeñísimas letras que, bajo la sombra ornamental de la soberbia N, seguían ratificando, cada vez con menos entusiasmo, la tajante negativa: “No volveré a faltar a clases.”

Mientras los caracteres se alineaban, obedeciendo presurosos a mi deseo de cubrir pronto con ellos la inmensidad de la página, una abeja entró a la sala de castigos, haciendo alarde de su crujiente libertad. Su rumoreo tornó dificultoso el movimiento de aquel ejército sumiso que al vacilar mi mano, por el temor de que la intrusa se aproximase, se desbandaba constantemente a uno y otro lado, invadiendo los márgenes establecidos.

El lapicero, al deslizarse por entre los dedos, formó

un ángulo recto con el cuaderno y allí se quedó, insensible, con su diminuto vientre combado. Ignorando la abeja el trastorno que en mi labor producía, continuó impávida su coruscante ballet, bien oculta bajo sus erectos encajes, la traidora lanceta que me obsesionaba. Poco a poco fué estrechando el círculo de su giro hasta posarse al fin, como una dorada amenaza, en el borde mismo de mi tintero. Sin hacer el más ligero movimiento, yo la contemplé aterrizada, mientras ella, plácida y voluptuosamente, movía sus pequeñas antenas, giraba sus grandes ojos y hasta parecía paladear el néctar de una hipotética flor junto a aquel negro y diminuto riachuelo.

Quieta ya mi mano sobre la página inconclusa, empezó a adormecerse, hasta que volvieron a resonar en el corredor los implacables pasos. Estos tuvieron la virtud de espantar a mi enemiga que, luego de revolotear junto al pizarrón, abandonó la sala precedida de su burlesco zumbido.

—“¿Se niega también a cumplir su castigo?” Las duras palabras rasparon como una lija imprudente mi desventura. Imposible aducir otro argumento que no fuera el de aquella lanceta feroz, proyectada hacia mis temores... Caprichosa y malintencionada la abeja, me negó ahora hasta el testimonio de su odiosa presencia. Inclinéme sobre la página casi vacía, volqué en un interminable silencio todo mi aniquilamiento.

Mis compañeras secaban ya, ruidosamente, la tarea concluída y esto terminó por desencadenar la furia en aquella anciana señorita que, arrugada y altanera, parecía oponer al tiempo un dique infranqueable de corrosiva agresividad.

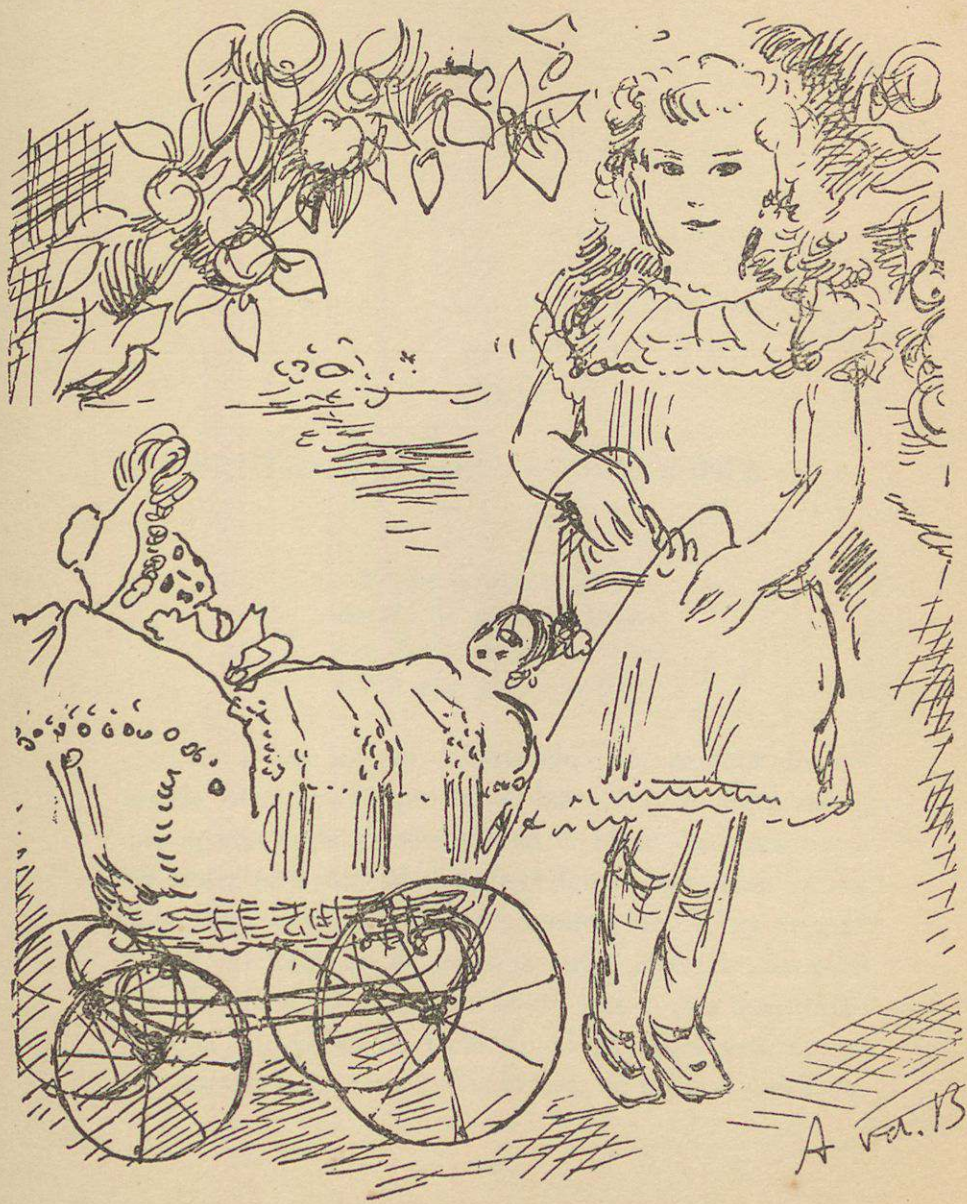
En uno de mis lagrimones, la mosca, que volvía a la carga, desentumeciendo sobre el lapicero caído sus ágiles patas, resbaló lamentablemente. Pero no pude seguir contemplándola, porque imperativa llegó la orden de presentarme ante la Directora.

—“Adelante.” La fría palabra rebotó por un momento como un balón al ser lanzado... Seis pasos solamente bastaron para enfrentarme a ese semblante sereno y sin tacha que en los desfiles y fiestas escolares hacía florecer la disciplina de su más mínimo gesto. Todo hubiera sido fácil si a mis espaldas la voz agresiva no hubiera iniciado ya, con parsimonia cruel, el oscuro relato de mis faltas que hicieron, por un instante, nublarse el impasible rostro que tras de aquel imponente escritorio me contemplaba.

—“Déjenos solas, señorita Inspectora.” Tales fueron las benéficas palabras que escuché mientras los recios tacones iniciaban la retirada. Entonces una súbita luz bañó hasta los diplomas que, sumergidos en una agua mansa, alzaron tras de sus cristales remotas fechas desvanecidas. Un rayo de sol se posó en la frente de la Directora, alisándole los últimos pliegues del descontento. Y cuando todo el

despacho ya no era sino una caliente promesa de paz, yo desentumecí mis labios ateridos por tan largo silencio, y entre sonrisas y lágrimas relaté a la serena dama ecuánime, que escuchaba cada vez con más atención, la dorada y temible visita de aquella abeja y sus perjuicios, no ya sólo sobre la disciplina, tan seriamente violentada, sino también sobre mi perpleja humanidad.

Una lumbre benigna cruzó por sus labios e inclinándose repentinamente sobre unas actas, me ordenó, sin levantar la cabeza, con una voz que pugnaba por parecer severa, que me marchara. Y cuando iba yo a abandonar el despacho, levantó un instante su rostro y dejando que una sonrisa tierna lo iluminara, aconsejó, bondadosa, no permitir en adelante que las abejas me hicieran transgredir los reglamentos...



A. W. B.

XXI

FRUTAS, PAJAROS Y CANCIONES

Estaba la pájara pinta
sentada en un verde limón;
con el pico picaba la fruta,
con el pico picaba la flor.

Una a una iba yo deletreando cada palabra del conocido cantar para que la repitiese aquella niña rubia, que apenas si se desenvolvía en el Liceo con unas cuantas frases tartamudeadas en castellano. Cayó como un dorado fruto, entre la aridez de nuestros problemas de aritmética. Victoria, su hermana pequeña, agregaba un poco más de oro a ese novedoso fulgor que ambas constituían para la curiosidad de todas. Y al paso que ésta última nos miraba con unas pupilas azules, de reflejos metálicos,

sin despegar ni en una ligera sonrisa sus finos labios, que de tan finos eran apenas dos líneas rosadas, Lisselotte, hermosa y comunicativa, a falta de palabras, acercábase a nuestros corazones, lanzando al aire una infinidad de naranjas, las que iba recogiendo en seguida con manos veloces. Su malabarística destreza nos convirtió en un admirativo y mudo corro, que se avergonzaba ya de sus juegos sosos y faltos de brillantez. Y aunque lo pretendíamos, no logramos jamás imprimir a tantas frutas aquel giro rítmico e incesante. Yo, más que ninguna de las otras, me sentí lesionada por semejante inhabilidad.

Mi largo contacto con flores y frutos me daba derecho a pensar que podría vencer hasta sus esquivaces... Estaban allí, en la casa quinta, para probarlo aquellas cerezas enormes, las del corazón de paloma, cuya rosada y brillante pulpa arrebaté a los propios gorriones que, pardos y mínimos, parecían reprochármelo con sus estridentes gorjeos. Las aromáticas y pálidas limas, como princesas curiosas, tras de esa punzante fortaleza que parecían vencer los diminutos azahares... Y las austeras paltas, escondiendo sus sabores bajo prudente y recatado ropaje... Y al mencionar a las más entrañables, cómo olvidarme de las peras, que con sus curtidas mejillas sorprendíanme también en su fresco dulzor. Y las brevas, viejecillas maliciosas, que conservan su dulce y rosada juventud debajo de tan arrugados mantos... Y los damascos imperiales, que se desperezaban en

las tardes del verano, abierta la dorada, suavísima entraña. También los nísperos, pequeñas balas de azúcar con sus grandes dientes de caoba. Y hasta los melocotones, con sus rostros rubicundos y sonrosados, atisbando mi juego en la arboleda. Y si de acidez quería hacer ostentación mi incipiente sabiduría, allí aguardaban también las ciruelas menudas y claras y las mayores, oliváceas y enigmáticas, poniendo luto a su dulzura con unos ácidos repentinos... Y junto a ellas, muy orondo, por ser el predilecto de los niños, alzándose el semblante bonachón del membrillo, árbitro de todas las conjeturas escolares. Sin embargo, si a todas estas frutas, únicos testigos de mi solitaria niñez, creí subyugar con el ímpetu de mi agreste devoción, he aquí que las naranjas se resistieron y moviendo sus amarillas cabecitas se negaron a obedecer a mi apremiante reclamo. Por eso, robando a mi paciencia sus mejores tesoros, enseñaba a esas niñas extranjeras aquellos cantos para atraerlas a un sitio neutral, en que nuestras íntimas voces se reunieran por fin. Y seguíamos ahora, bajo la cariñosa sombra de mis árboles hermanos, la lección que las constantes risas interrumpían.

Pasando el río, pasando el puente,
por la corriente sentí una voz;
era mi negro que me decía
no hay consuelo para mi amor.

Y si acaramelaba mis acentos era para seducir a sus vacilantes voces que tras de mí iban, alterando a la par letra y música, con una impunidad desconcertante.

Aquel día las había llevado al universo mío, poblado de pájaros, flores y frutos, que hacían guardia a mis pensamientos. Antes las hice admirar mi muñeca parisina, que recién llegada de la Samaritain, caminaba como accionando con sus brazos regordetes ante un invisible público. Era en aquel agreste dominio el único y gracioso toque de lejanías. Mi hada buena acompañó el regalo con un cochecillo frágil en el que la llevé en volandas sin que se alterase ante esa vegetal magnificencia su impasible faz. Un tanto desencantada la dejé reinar después junto a mis primeras muñequillas, que se prestaron sumisas a su papel de azafatas. Ahora, la expectación dorada de estas amigas, hacía que se enredaran a la impávida belleza de París mis recientes desvíos... Al penetrar en la huerta las hice escuchar el armonioso canto de la tenca, criolla hermana del rruiseñor. Esta vez su apagado plumaje se iluminaba sobre un arbusto florecido. Pequeños y saltarines, diéronse a conocer también, revoloteando sobre nuestras cabezas, el chincol, el tordo, el zorzal y la diuca, que era la menos recelosa de mis amigas. Introduciéndose en las habitaciones hacía familiar por la casa su minúscula presencia. Tuve que confesarles que gozaban también de su intimidad todos cuantos viven en el campo y a quienes

va ella diligente sacudiéndoles el sueño con sus ligeros y agudos trinos.

Abrían las hermanas sus azules ojos ante ciertas categóricas afirmaciones mías, a las que el destino a un tiempo mezquino y pródigo, confirmaba. ¿Qué habría de pensarse, pues, si luego de escatimar sus dones a un pequeño ser imaginativo como yo era, en un escarceo burión hacíale vivir en el Eden, y como si fuera poco, muy cerca de la Avenida del Palacio? Forzosamente habría esta última circunstancia de cuajar mi mente con leyendas sin cuento, en tanto que la primera me entregaba la convicción absoluta de que una vez traspuestos sus límites, nada podía ya alcanzarme, ni tan siquiera algunas desdeñosas miradas que reemplazaban en este caso a la bíblica serpiente... No creían ellas en semejantes coincidencias y no dieron al nombre de estas calles que me rodeaban sino un extricto y terrenal significado.

Apoyándome en aquella rubia y deslumbradora certeza, descendí, poco a poco, los escalones de mis celestes utopías para aguardar, muy quieta, aquel lejano e inexorable momento, en que hasta las últimas habrían de rodar a mis pies como las perlas de un collar arrancado a tirones...

LA DIVINA SEÑORA

CAMINO por entre antiguos recuerdos y en ese lago quieto de la memoria van unos empujando a los otros, hasta que la dulce linfa no es ya sino una sola y cristalina vibración. Ingenuos, festivos, místicos, amargos, van llegando en puntillas a ocupar su puesto. Cada uno de ellos tiene la suficiente jerarquía para emocionarme y hacer que a su temblorosa sombra descanse yo reconfortada. Y tal como he visto a las floristas trenzar con delicadeza rosas y claveles junto a la punzante armadura del boj y del espino, así uniré, imitándolas, en un solo y compacto ramillete, las finas y suavísimas reminiscencias a las otras, ásperas y dolientes, que al sentirse rezagadas levantan su imperativo fulgor para que mi alma no las arroje al silencio.

Hace ya muchos años que dejé mi ciudad natal y, sin embargo, me la devuelve el recuerdo con el antiguo brillo y la sosegada altivez que enmarcó todos estos infantiles y nimios sucesos.

En las tardes, mi gozo, el más puro, volaba sobre el alado triciclo por las calles conventuales que circundaban mi casa de la ciudad, en donde las campanadas de la Merced y Santo Domingo ungían a las almas con sus sagrados bronces. Era como si de todos aquellos mudos lugares se levantase una protectora e invisible mano que amparara esta mi loca carrera.

Cuando el 18 de septiembre extendía por calles y plazas sus guirnaldas patrióticas, en la Alameda, casi al llegar al Río Claro, la fiesta hacía ruidosa, estallando en rasguear de harpas y guitarras y tempestuoso aluvión de cuecas y palmoteos.

Eran entonces las ramadas, ligeras construcciones vegetales, metas donde el pueblo solazaba su euforia y donde hasta los árboles parecían adherirse al festejo, tendiendo sobre las cabezas de huasos y mozas que bailaban, enardecidos, el amoroso cobijo de su desgarrada rama-zón... Junto a la empanada, maternal y crujiente, estaba el vino encandilando los sentidos... Mi espíritu en agraz se nutría de aquellas rotundas visiones. Contemplando ese potente mural de rostros atezados y viriles, observaba nacer la sonrisa de la patria, como en una alborada de res-

tallante júbilo. Si me separaba a ratos de la abuela era para mirar más de cerca aquella noble gente campesina y esas típicas mantas que, atesorando los más violentos colores, parecían rubricar con ellos su encendido fervor.

La patria en aquellos días no la sentía yo crecer solamente de los rostros curtidos y reidores o de los otros, aristocráticos y parcos. La vi asomar hasta del pobre semblante deformado del tonto Lucas, sin el cual ningún acontecimiento hubiese estado completo. Cuando atronaban las aclamaciones, o el Himno Nacional expandía sus sagrados y lentos acordes, se iba levantando también de aquellos rasgos idiotizados como una luz consciente que dignificaba su mísera condición. Lucas se aparecía por todas partes, llevando siempre un traje tan holgado, que su encorvada y menuda figura desaparecía entre los amplios pliegues. La colgante mandíbula dábale un aspecto un tanto simiesco, que él, inconscientemente, sin duda, se encargaba de atenuar haciéndose servicial y grato a grandes y pequeños. Sus exclamaciones y llamamientos a los más conspicuos personajes ponían un toque de humorismo en cualquier solemne efeméride.

La última vez que le vi fué en la Placilla, contemplando esa estatua de la Victoria, que, traída como trofeo de guerra, adornó por muchos años el verde silencio de aquel paseo. Con su tartajeante acento pretendía relatarme historias, burlándose de sus propias palabras y hasta de la

pequeña niña, que mirábale atenta mezclar a su inconsciente alegría aquellos horribles visajes con los que su rostro se desfiguraba más aún. Se empeñó en seguirnos, pese a las reiteradas protestas de la Mamá Chasca. Zigzagueando junto a nosotras, con aquel traje amplio y descolorido, se detuvo de pronto, y como si adivinara que se despedía para siempre inclinó su pobre cabeza en la más grotesca de las reverencias. Al alejarnos miré atrás y apoyado en el Puente Piduco le vi aún decirme adiós con la sarmentosa mano en alto.

Al llegar a casa la abuela sorprendida me vió huir hacia el jardín, para apagar allí, sobre el fragante regazo de las hortensias, mi larga e inextinguible pena.

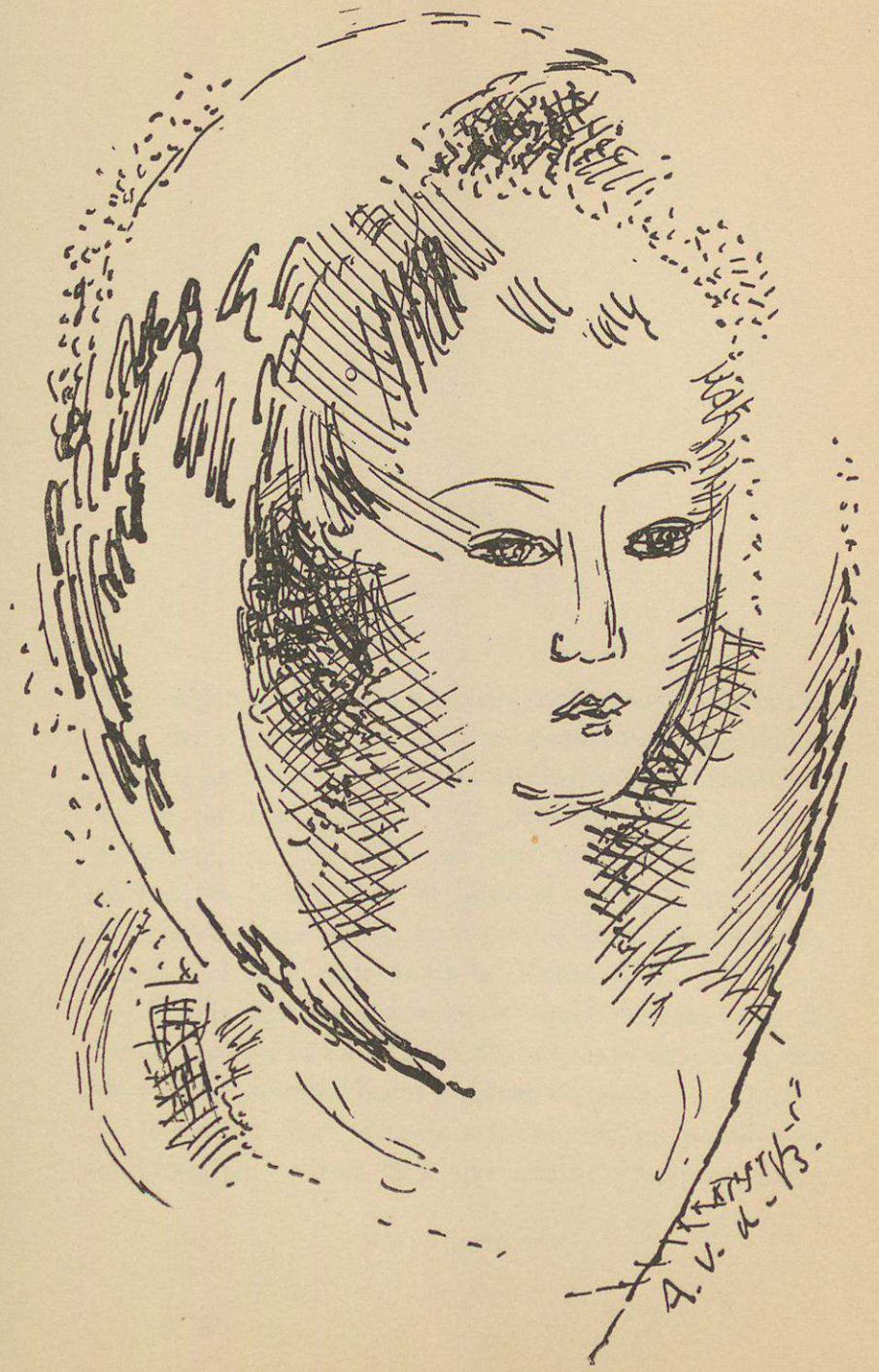
Me preparaban para hacer la Primera Comunión y a mis antiguos y vegetales sentimientos se unía ahora un ilimitado amor por las criaturas desvalidas. Cuando debían recoger en la arboleda la fruta que, periódicamente, enviaba la abuela para solaz de las presas del Buen Pastor, yo me unía a los que realizaban dicha tarea, pareciéndome que de este sencillo modo contribuía—como lo ordena el catecismo—a la felicidad de nuestro prójimo.

Y si aquellas u otras mínimas acciones brotaron de la enseñanza recibida en tan solemnes vísperas, me pareció después excesivo el premio que se me otorgara. Porque aún vive latente en mi corazón la historia azul de aquella mañana, en la que entráramos a la Catedral, en níveo y

emocionado grupo, a recibir por primera vez, entre cánticos y azucenas, el Manjar de los Manjares.

Muy cerca del Liceo, el convento de San Francisco alzaba, en una pequeña plazoleta, a la Virgen de Lourdes, árbitro celeste de mis pueriles o graves incidencias. Desde su elevado plinto Ella parecía estar bendiciendo a cuantos cruzaban por aquel tranquilo sitio. Al entrar o salir de clases iba yo a hablarle a la Divina Señora, que parecía asentir a todas mis sencillas palabras con su piadosa mirada. En tiempo de exámenes su rostro virginal acogía también, con dulzura, la totalidad de mis súplicas...

Cayeron sobre mí las grandes pruebas, muy lejos de aquella imagen. En la Catedral de Burgos vi rodar de sus divinos labios la misma sonrisa que amparara mi niñez. Mas todos estos recuerdos habrían de cobrar limpidez de llanto al postrarme, por último, en su gruta de Lourdes para repetirle allí cosas que tan sólo Ella me escuchó balbucear, temblando de amor y confianza, en esa placita recoleta de San Francisco...



XXIII

LA CUERDA

DE algunos olores fué también impregnándose la infancia. Aquel que exhalaba mi pequeño estuche, donde hasta unas florecillas pintadas al óleo sobre su reluciente barniz, unían el aguarrás y la goma laca en unas aromáticas nupcias... También ese del cuero de mi primera carpeta, en la que llevé al Liceo el tesoro de mis textos y cuadernos, que agregaron a ese maremágnum de firmes esencias el vigor materno de la celulosa.

Entrelazábase al impacto de aquel perfume total la hermandad de la madera, la plombajina y el caucho que despedían nuestros lápices y gomas de borrar.

Y no me refiero tan sólo a los objetos que portábamos al Liceo, sino a esos otros que estaban al acecho, en la

sala de clases, para asestarnos su entrañable olor. El de la tiza, que nos lo entregaba mientras crujía al deslizarse, blanca y juguetona, por ese pizarrón siempre de luto. Era como si estuviese aguardando nuestra pequeña mano que lo cubriera de grandes letras, a manera de flores, flores de aplicación, que estaban perfumadas solamente por nuestra paciencia...

También el piso, quieto riachuelo resplandeciente, regalando a bocanadas aquel aroma espeso de la cera que volcaba, sobre el aburrido marasmo de las horas de estudio, la grata reminiscencia de un ruidoso enjambre de abejas...

Lo éramos también nosotras, que libábamos todos los perfumes entre una algarabía de risas y cuchicheos.

Pero entre toda aquella marea de olores, sutiles o penetrantes, destacábase uno que llegó con el tiempo a encandilar mis sentidos. Era el áspero y un tanto picante de las cuerdas, que en los recreos encauzaban la destreza de nuestros saltos. Aquel olor del cáñamo y del esparto entreverados, se introducía por mi nariz en un delicioso cosquilleo.

Pero debo explicarme mejor. Tras de ese extraño aroma, alentaba para mí una dulce posibilidad y era la de que alguna vez volviera a pasar por el patio de recreos la profesora de Ciencias, que gozaba no ya sólo de mi viva devoción, sino también de la de todas mis compañeras. Un

día la vi saltar, en el último patio, mientras mezclaba a la risa de sus alumnas preferidas su propia risa juvenil. Desde entonces mi pequeña cuerda, en la que apenas alcanzaba a saltar sola, se me antojó instrumento de una vergonzosa humillación. Y ya el olor de aquella larga, infinita cuerda, bajo la cual riera la señorita Emelina, en tanto brillaba a cada giro la cabritilla luciente de sus botitas de agudísimo tacón, constituyó para mí la raíz de todas mis ambiciones. No me concedí un solo instante de paz y fuí a mi vez quitándosela a la abuela, que, si primero fué aplazando con sabias excusas aquella apremiante petición, al observar que no languidecía mi afán, pero sí mis mejillas, optó por complacerme. Y una tarde al salir de clases la acompañé a un gran almacén, donde el bondadoso comerciante, con paternales gestos, me hizo entrar a una oscura trastienda. Vi enrolladas, en sucesivas roldanas, todas las imaginables cuerdas, en donde veía saltar ya, diáfana y sonriente, la alegría de mi profesora de Ciencias...

Rieron todos los dependientes al contemplar mi arrobo frente a la tosca mercadería. Un escaparate pleno de aderezos no habrá tenido nunca sobre sí el caudal de tan ardientes miradas, como fueron las que yo di a esos ásperos rollos de cuerdas de diferente grosor, donde mi perplejidad se enredó por escoger la más apropiada.

Se disponían a cerrar el almacén cuando la abuela y

yo lo abandonamos. En mi sonrisa iban copiándose ahora los mil reflejos de las tiendas y mi parloteo era insistente junto al reflexivo silencio de ella, que, no sorprendiéndose habitualmente de mis insólitas reacciones, fijaba esta vez en mi gozo su bondad un tanto triste.

—¿Qué pasa ahora con esta cuerda? ¿Es que ya no existe para ti otro juguete mejor?

Yo, que sentía retozar sobre los labios cataratas de palabras ingeniosas, no tuve aquella vez para mi abuela sino un silencio reticente cargado de secretos.

Aquel áspero olor me deleitaba, pero el contacto de la tosca epidermis fué lastimando, al otro día, el borde de mis cuadernos de copia. Nada de todo aquello podía afectarme ya. Mis dedos acariciaron fugazmente, dentro del cajón de mis útiles de clase, la rugosa urdimbre de mi larga cuerda, de mi infinita posibilidad de saltos, al amparo de una clara y única sonrisa...

.....

Largas, interminables transcurrieron las horas de muchos recreos y sobre las baldosas del último patio se mustiaba mi ambición, cuando una mañana el coro de unas niñas felices me advirtió que ella se acercaba. Había confesado a una de mis compañeras este secreto anhelo y ahora, mostrándole la larguísima cuerda enrollada a mi brazo como una pulsera de sombra, confiábaselo en

voz baja mientras se dirigían hacia mí. Tuve el loco impulso de escapar y, sin embargo, permanecí inmóvil. Sin decir palabra y mirándome tiernamente, la profesora desenrolló con sumo cuidado aquella cuerda aún sin estrenar, mientras en sus ojos verdes cabía ya toda la dimensión de mi esperanza...



MIS COMPAÑERAS

ESPACIOSA y sombreada por anchos corredores, la casa emergía del tupido verdor como una fresca pausa de silencios. Y en verdad llegaban atenuados a ella los mil ruidos del campo, el parloteo agudo de los pájaros, las risas broncas de los labriegos, y en las siestas, casi fosforescentes, el tenaz clarín de la cigarra...

Tamizados también los rumores por el follaje, rozaban apenas la mansedumbre de esas paredes acorazadas de hiedra. Afuera, verdes centinelas, los árboles montaban su guardia de aromas. Protegida por ellos, iba y venía yo por los aposentos, en mi dulce afán de niña solitaria.

En el Liceo mis pensamientos tenían ya un eco cierto y un vibrante nexa me unía a un grupo de compañeras.

Las había elegido una a una, demorándose mi corazón en la tarea, como si necesitara que ojos negros, pardos o grises, y bocas reidoras o taciturnas, lo convencieran de su acertada elección.

Y allí estaban, prontas a resarcirme de una larga soledad con su charla salpicada de sonrisas.

Fresia—mejillas tersas, ojos dorados—era mi preferida. Brotaban de toda ella la comedida pulcritud y la serenidad. Su madre solía vestirla los domingos con estudiado esmero. Y alguno que otro lunes burlaban la severidad del uniforme lacitos de vivos colores, que la Inspectora hundía apresurada, en los recreos, cuando los descubría asomando entre las purezas del almidonado delantal. Cierta día nos deslumbramos ante sus zapatos, que rompieron la uniformidad de los nuestros, de tacón plano. Insinuaban aquéllos, en la luciente cabritilla, la gracia de un fino tacón que orquestaba, en la rigidez de la silenciosa fila, su acorde frívolo.

Aquel coqueto empeine tornóse musical y ya el inmenso patio, surcado de severas voces, no era el mismo. Veíamos sobre un tapiz imaginario, y frente a la furiosa protesta de la Inspectora general, danzar a Fresia, marcando los alegres compases con su malicioso tacón.

Imperfectamente ceñida a la disciplina escolar, era Fresia para mí un ser delicioso, al que me gustaba observar constantemente.

Wilda, hermosa y lejana, más parecía una princesa nórdica arrancada a un cuento de Andersen. Dibujaba con soltura increíble y todos nuestros libros y cuadernos ostentaron el aéreo resplandor de sus figulinas, traspasadas de una musical ingravidez. Ninguna de nosotras logró sondear su luminosidad, ni tan siquiera escudriñando la transparencia azul de su mirada. Cuando llegó al Liceo la noticia de su muerte, comprendimos que un oculto signo inexorable la mantuvo como apartándola de una vida que no habría de ser suya.

Ana María era de una gracia sosegada, con ojos oscuros, iluminados siempre por una luz absorta; sus cabellos, hermosísimos, caían en una catarata impetuosa de rizos castaños, enmarcando su palidez pensativa. Como yo, era poco dedicada al estudio y ambas estábamos siempre suspensas de una lejana voz, evadidas hacia un misterioso reino de quimeras. Quiso el destino que ambas nos quedáramos para siempre atesorando imágenes; ella, quieta, haciéndolas florecer en aladas cartulinas; yo, aprisionándolas, al vuelo, por los caminos del mundo.

Victoria era pequeña y voluntariosa. Hacía honor a su nombre, disipando con su palabra viva y concreta nuestras súbitas timideces escolares. Vivíamos muy cerca y casi siempre, enfrascada en el goce de su chispeante conversación, llegaba hasta el chalet de las Flores, que así llamaban a su casa, situada al comienzo de un camino real.

La abuela no comprendió jamás por qué volvía del Liceo con aquella capa espesa de polvo incrustada a mi uniforme. Al separarme de Victoria, retrocedía por la blanca carretera. El paso de coches y carretas iba dejándome tan blanqueada como la senda que recorría...

Enriqueta era grácil y atolondrada. Los secretos adquirían en su ronca voz una sugestión espesa. Iba fraccionándolos hasta moler, con su murmullo erizado, mi escasa aplicación.

Eugenia, a la que me unía un afecto mezclado de admiración, fué la heroína del curso. Cosechaba, frente a nuestra despreocupada holganza, todos los premios y las más altas distinciones. Con precoz sabiduría, apartaba un instante su mirada de los textos y en una sonrisa fugaz trataba de hacerse perdonar su desmedida aplicación... Habría de ser, mucho después, mi maestra en unos complicados teoremas. Doradas ya por las luces de la adolescencia, quiso otra vez solidarizar con mi ignorancia. También la muerte se la llevó temprano, antes que sus ojos ávidos hubieran podido descifrar la apasionante escritura del vivir...

Elvira, diminuta y retraída, equiparaba, con unos grandes ojos parpadeantes lo exiguo de su figura. Era dulce en la palabra y en los mutismos. La comparaba yo con unos frascos de mermelada, guardados por la abuela entre gratas oscuridades...

Elsa era plácida, rubia, sonriente y, al igual que las espigas en el campo, ondulaba con gracioso donaire en medio de aquel viento nuestro, huracanado y jovial.

A Berta me unía un vínculo hecho de ternura incipiente y de comprensión. Su pelo rojo llameaba en los recreos; su cara, pecosa y siempre en ascuas, hacía contraste con la blanca tez de nosotras. Pienso que mi amistad tuvo la virtud de protegerla de las bromas que crecían en torno a su incendio veloz...

Berta llevaba siempre el uniforme arrugado y su risa estrepitosa rebotaba dura en la sonoridad de los patios. Al buscar mi compañía encontró además la de mi grupo, para el que empezó a ser familiar y querida su figurilla desaliñada...

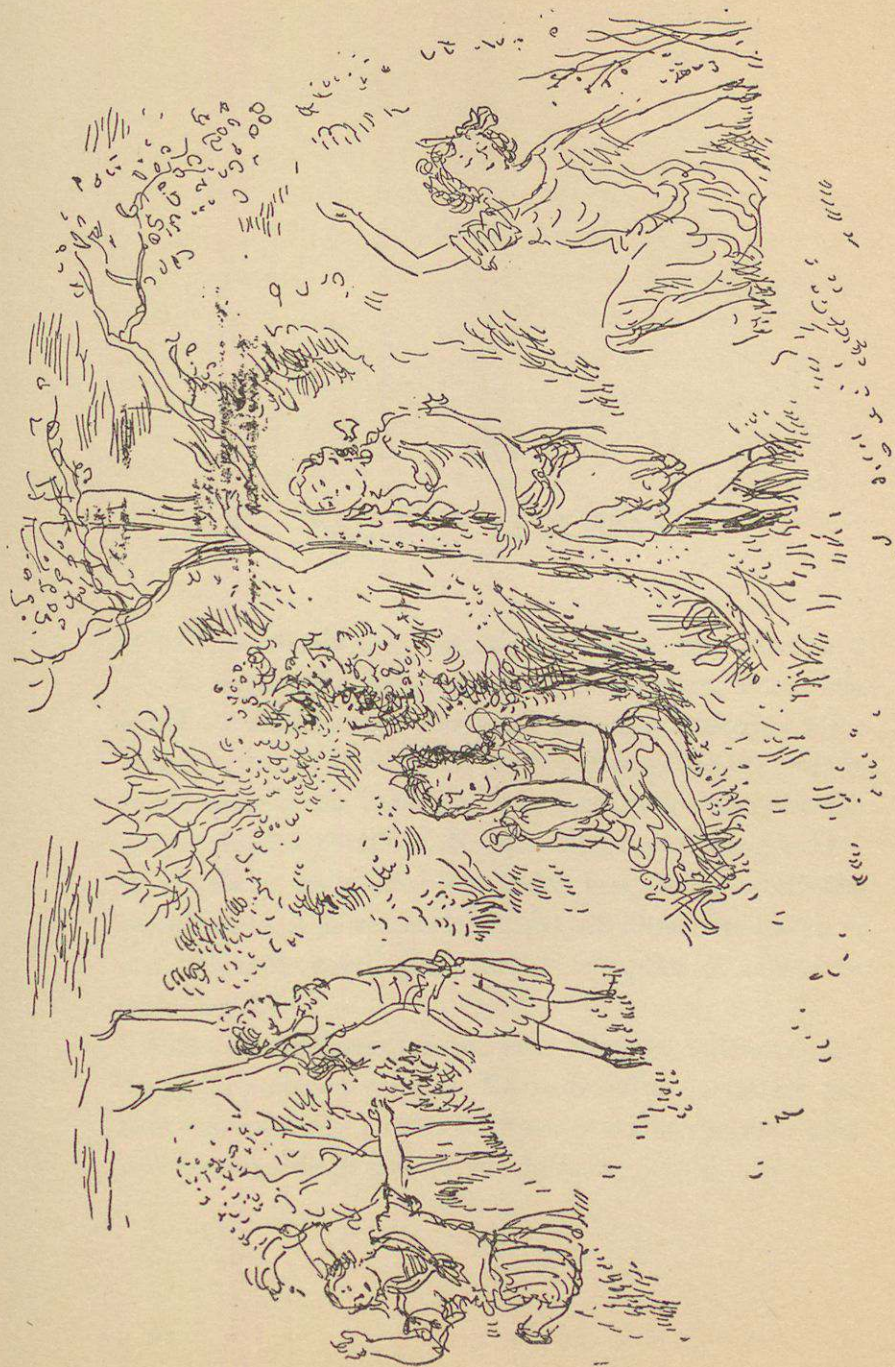
Se la admitió en las "culebras", juego al que nos dedicábamos por entonces, formando con nuestras manos, fuertemente asidas, una larga fuga en común, zigzagueante y ruidosa.

Adela era el gorrión de la sala: menuda y vivaracha, tenía una cabeza muy pequeña y un rostro gracioso en el que un lunar clavaba su diminuta picardía. Con vocecita aguda interrumpía, súbita, el silencio de la sala; sus preguntas tornaban más duro el entrecejo de la señorita Zoraida y ponían en vivo peligro nuestra compostura.

Dos Marías completaban este círculo mágico alrededor del cual giraba mi corazón. Ojos suaves de la primera,

S T E L L A C O R V A L A N

iluminando un rostro agraciado, al que sostenía un cuerpo gentil. La segunda era esbelta y blanquísima: me parecía como si una azucena, de las que perfumaban el altar de la Virgen, hubiera echado a andar de pronto sobre la tierra hasta llegar por último a matricularse en aquel Liceo...



BALLET Y ESTATUAS

TENÍA la abuela el deseo de hacer de mí una pianista y no escatimaba esfuerzos para conseguirlo. Pero toda aquella ambición suya chocó con mi ciega aversión a los métodos. Sin la suave tutela de Sor Evangelina, arrancada súbitamente a mis ingenuas devociones, ellos me parecían ahora cárceles horribles. No obstante, decidí complacer a la abuela y tranquilicé sus oídos con alados ejercicios, recreándome a la vez en la lectura de libros ocultos en el atril. Un oído privilegiado fué mi cómplice en este constante engaño.

Iba cimentándose en mí una rebeldía indómita ante cualquier sujeción violenta. No pude sufrir jamás ser tratada con dureza y permanecí ajena a cuanta persona alardeó conmigo de autoridad sin dulzuras.

Se quiso aislar mi niñez tras los verdes muros de la casa-quinta, temiendo el roce de mi espíritu con los seres o con los acontecimientos, Cuidábase con celo mi candor agreste. Mi voluntad habría de abatir, sin embargo, todas las vegetales fortalezas con las que el cariño de la abuela pretendía defenderme del asedio exterior.

Me pareció de pronto exigua, mezquina, la felicidad que en el Liceo me proporcionaban mis compañeras. Nuestros juegos y conversaciones estaban cruelmente ceñidos al horario estricto de los recreos, y una tarde regresé a casa en medio del alocado bullicio de todas ellas.

Un segundo bastó para que se esparcieran por la huerta y los jardines. La abuela vió profanados sus dominios e iba convulsa de un lado a otro, defendiendo sus almácigos y sus flores, pisoteados por el tumulto infantil. Frente a su mirada hosca fuí conduciéndolas por todas las encrucijadas alegres... Las manzanas de selección, guardadas celosamente en un lugar donde esperaban su madurez, fué el primer puerto al que arribamos. Dirigido por mí, el loco enjambre empezó a danzar sobre la fruta, que a modo de tapiz multicolor cubría por entero el piso. Un ballet se improvisó sobre las manzanas, que, reventadas, fueron cubriendo nuestros pies con su aromática pulpa.

Enriqueta reía, roncamente, cuando, a un inesperado giro de sus largas piernas, las rojas o pálidas frutas la obligaban a hacer piruetas inverosímiles para mantener

el equilibrio. Y Fresia, fulgurantes los dorados ojos, poseionada de su rol de bailarina, ensayaba minuciosamente los pasitos menudos de su danza.

Elsa, pálida hasta parecer que se desvanecía por aquel aroma penetrante, mordiéndose la fina sonrisa, prendíase al compás de una música que su corazón improvisaba. María iba sosteniendo su blancura con unos grititos que más parecían alfileres, clavándola en el aire compasivo. Era como si la luna, convertida en niña, se entretuviera en zigzaguear sobre las manzanas trituradas...

Ana María, despeinado el lujo suave de su cabellera, reía, alerta al repentino temblor de esa perfumada alfombra, mientras un avasallante impulso la conducía al centro mismo de aquel ballet singular.

Victoria daba pequeños saltos, haciendo con sus pies un desgarrado friso de toda aquella carnazón martirizada. Vencía esta vez a la fruta, como a todo lo que se pusiera enfrente de sus claras pupilas.

Adela se deslizaba, leve, ingrávida, y con una graciosa inclinación de su cabeza premiaba el mirar sonriente de quienes la observábamos.

—Ven tu también, Lilita—gritaron al verme, desde el umbral, instándolas a proseguir, al ritmo de una secreta música que el griterío me apagaba.

Incorporándome yo, me siguieron las timoratas que a mi traviesa sombra se ampararon, y fuimos ya todas

sólo un apretado vaivén, haciendo temblar la oprimida fruta bajo unos pies en fuga...

Eugenia, desde la orilla, contemplaba el desorden con ojos serios, negándonos esta vez su reconfortante sonrisa. Berta, incapaz de la más leve armonía, transformada en una roja llama anhelante, bordó nuestro afiebrado girar con sus largas risotadas.

La voz de la abuela, que se aproximaba dando órdenes, rompió bruscamente la algazara. Vino luego una silenciosa huida por entre árboles protectores, no sin antes asegurar con llave el sitio del desmán.

Ahora un juego menos cruel nos entretuvo, entre la sólida quietud de la arboleda. Tocadas por mi presurosa mano, las risueñas figuras iban quedándose extáticas, manteniendo cada una la posición que al azar fuera dejándoles mi impulso.

Ana María, confusa, ruborizada, repetía frente a nosotras su ensoñadora actitud habitual: era como un capullo apoyándose en la fronda...

Ádela, en tanto, pajecillo de un festín cortesano, empinada en la punta de sus pies, pretendía, con sus brazos en alto, sostener al crepúsculo, abalanzado ya sobre nuestras cabezas. Un poco más lejos, María, junco blanquísimo, quedó como un mármol griego, alumbrando la oscura mansedumbre de unos troncos.

Entre la multitud de estatuas leves, en graciosas e im-

previstas posturas, apareció de repente la de Berta, desgarbada y sin gracia alguna, rompiendo el encanto del juego helénico. Nuestra risa quebró entonces tan apasionada inmovilidad. Mas su gesto doloroso, al constatar el fracaso, detuvo la tumultuosa desbandada y una a una volvimos a recuperar nuestro sitio sobre el trémulo pedestal del césped...

Cuando la abuela, asombrada del silencio inusitado, se acercó cautelosa, le fué dado ver su huerta cuajada de estatuas puras, que se erguían nítidas, a la luz mortecina del atardecer...



XXVI

LUTO

DESLIZÁBANSE los días plácidos y ensimismados. Aquella vida tranquila tocaba a su fin sin que mis escasos años lo presintieran. Estaban ellos presos en el tumulto de mil sensaciones, y yo, como siempre, atada a la ternura fecunda de la abuela. En nuestras veladas nocturnas su compañía y su consuelo alivianaban el calvario pequeño de las tareas escolares. Era su caricia, antes de dormirme, el último lazo que me ligaba a la tierra. Luego, seres celestes y benignos me llevaban muy lejos de todo lo cotidiano. Elegía de antemano mis sueños y sus moradores y muchas veces entremezclaba aquellos que nacieron locuaces del ingenio de Sara. Recuerdo que luchaba por mantener los ojos muy abiertos hasta encontrar en la duer-

mevela a los que habrían de ser mis compañeros de la aventura nocturna...

Una noche, poco después de aquel beso tierno y mientras pugnaban mis párpados por no cerrarse, un jadeo lastimoso que partía del lecho de mi abuela abatió de golpe los castillos de la fantasía. Al incorporarme asistí a la agonía de su rostro asaeteado ya por las sombras mortales. Estas, al tornarlo lívido, pusieron sombrío broche a mi niñez. Mis voces desesperadas no la alcanzaban. Me veo de nuevo corriendo entre largas filas de árboles a quienes la noche tornó enemigos. Iba flanqueada por un miedo cervical en busca de los servidores. Al volver con ellos encontramos a la abuela con los ojos fijos en un punto del cual mi llanto no lograba arrancarlos. De rodillas frente a su cadáver esperé venir el día. Estaba en el centro de una salmodia de voces que, uniéndose en las preces, me guarecían como a una pequeña isla temblorosa. Las llaves de toda la casa pendieron más tarde de mi cintura y un vaho espeso y doliente empañó mi rostro.

Inextinguibles eran los murmullos en torno, y unas voces agoreras, escapadas de mantos oscuros, repetían palabras que iban clavándose lentamente en mi corazón: "Pobre niña, se ha quedado solita"... "¿La sacarán de esta casa..., se la llevarán lejos?" Y unas miradas compasivas y curiosas me ceñían estrechamente.

Entonces mi mutismo lloroso se poblaba de interro-

gantes. ¿Es que no volvería ya más al Liceo? ¿No habría de sentir otra vez el aire de sus largos corredores? Y esas mil cosas que se quedaron pendientes: las confidencias de mis compañeras, el escarceo de la piel sobre el banco conocido...? ¿Y todos aquellos propósitos enhebrados a la negra sombra del pizarrón familiar? ¿Es que todo esto me sería arrebatado también?

Y de espaldas a ese enjambre murmurador, volvía a mi mente el recuerdo de mis compañeras. Iba a verlas muy pronto, pero temerosas ya de levantar hacia mí la vista y guardándose avaras las palabras antiguas, que fueran la clave de nuestra confianza. La desgracia, abalanzándose sobre mi alegría, me había colocado en una órbita lejana, en la cual ningún eco podía alcanzarme.

Me parecieron de golpe extrañas y casi hostiles; luego de contemplar a la abuela, que parecía dormir entre sus flores preferidas, musitaron unas pequeñas palabras en voz baja y fueron saliendo, una a una, sin volver la cabeza hacia mi desamparo. Mi enlutada figurilla quedó sola en el aposento a donde nos condujera la solicitud de los mayores.

Una clara sensación de haberme extraviado para siempre entre esas fúnebres colgaduras y aquellos aguzados cirios, me invadió. Creí comprenderlo todo. Mis amigas, vestidas de colores claros, ni siquiera levantaban su mano para decirme adiós desde el territorio inexpugnable de su

S T E L L A C O R V A L A N

confiada seguridad. Se limitaban a alejarse y yo miré, cómo, a través de mis lágrimas, sus rostros queridos se iban difuminando para apagarse por fin en una dolorosa niebla. Abuelita, tendida en su caja oscura, había cerrado también los ojos para no verme llorar... Prisionera entre esas tétricas guirnaldas no podía ya escaparme. Ningún latido cordial junto a mí, y esas telas negras, apretando mi blancura, serían el cerco ante el cual se detuviera en adelante la felicidad de los demás. Este amargo pensamiento espolvoreó resignación sobre mis recientes heridas. Cuando entró de nuevo Berta, que no había osado abandonarme en aquel vacilante resplandor de la casa colmada de rezos y crespones, la acogí con una pálida sonrisa teñida de madureces.

La niñez había pasado, escurriéndoseme, ladina, por entre los pliegues de ese tosco y negro vestido. Una sabiduría dolorosa, que ahora la reemplazaba, acarició los cabellos rojos y la boca gordezuela, apelmazada de sollozos... Su mansa fidelidad y su cariño eran en ese instante mis únicas joyas. Se lo iba diciendo en voz baja, mientras Flick y Sultán olfateaban nuestro cuchicheo. Esperábase a aquella hada buena que tantas veces colmó de juguetes mi lecho, que venía a buscarme..., y se lo murmuraba también, con esas palabras, despojadas ya de todo matiz. Rodaban de mi boca, y Berta las iba recogiendo

L A L U N A R O T A

desolada, por no percibir en ellas ninguna resonancia; eran romas y desesperanzadas...

Abandoné poco después aquella entrañable ciudad. El luto tornó aún más agobiante el peso de las ausencias. Mi sonrisa, dismantelada, correspondió, con pálida y dolorosa cortesía, al adiós de quienes se quedaron entre las sombras espesas del andén.

A TALCA

Quiero cantar a mi ciudad primera
con cristales abiertos de nostalgia;
viene el cortejo de los días-niños,
la crisálida pura de mi paso
y el dulce abecedario de mis risas,
descubriendo mirajes...

Quiero cantar a mi ciudad primera,
tensa de sol, madura de campanas,
que fueron en los juegos abstraídos
mis palomas de plata...;
Las tardes eran pensativa fuente,
donde ellas, invisibles y ligeras,
como maná de cielo se posaban.

Talca le dió a mis pensamientos breves
su hermética prestancia
y fuí la diminuta solitaria
que sólo entre silencios conjugaba
los verbos de su alma.

S T E L L A C O R V A L A N

Unico mapa de ternura y goce
fué la figura erguida de la abuela;
blanca de afanes, dura de quebrantos,
tuvo siempre una veta luminosa
que me apoyaba el canto.

Once años que viví sobre su huella;
como trémulo brote en su dulzura,
como lámpara tierna en sus ocasos.
Por su muerte salí de predios míos
diáfana y enlutada.

Quiero cantar a mi ciudad primera
tal como está, latiendo en mis recuerdos,
alzada en luz, dorada de grandezas
con una altiva plenitud vibrante
en sus márgenes quietas.

REGRESO A TALCA

Felpa del prado saluda, rumor de brisa conduce
mano de largos silencios abre puertas intangibles;
por ellas llego somnábula al sitial de mis niñeces;
raíz fina de mi canto alarga en guías de luz
la alegría del regreso.

Es el racimo en mis parras, boca de dientes dorados
que ríe, cuando extasiada, oigo sus tersos edictos...
El jazmín, blanco de esperas, al verme llegar perfuma
esta bienvenida alegre con su sonrisa pequeña,
en tanto el castaño erguido, amigo de luengos años,
en la hosquedad de su fruto, me regala su misterio.

Sigo girando, somnábula, por senderos conocidos;
palmeras que vieron niño mi contorno trashumante
hoy, agujas afiebradas clavan en mi paso absorto.
Las hortensias, mis hermanas,
dueñas del suave embeleso,
los naranjos orgullosos, el quiosco de los suspiros,
el manzanar, los damascos, todo me entrega presencia
y me devuelve el reclamo.

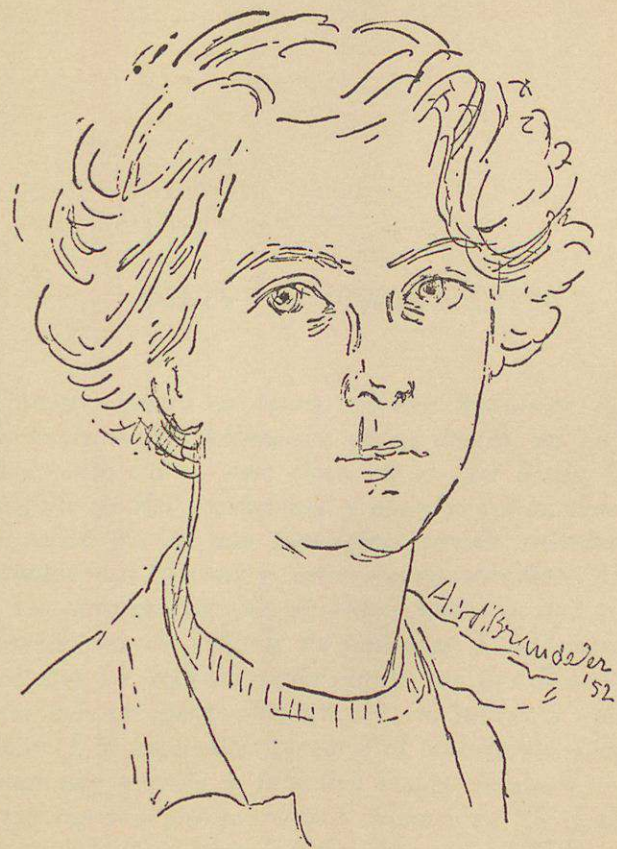
S T E L L A C O R V A L A N

Prosigo rauda, hechizada, hasta que una mariposa
—sinfonía de matices— abre pausa transparente
en este opalino goce.

Mas, rompe el ensueño un grillo con su cítara menuda
y el sol me escolta, buen paje, al regazo de la huerta;
y los olivos oscuros, y los áureos limoneros,
y las parras sensitivas, y los duraznos erectos,
entregan entre verdores mensajes inextinguibles.

Fieles, antiguos hermanos, nobles y alzados maestros;
bienvenida entre vosotros, bien llegada hasta mi reino,
donde mano de silencios sigue abriendo puertas leves
para que yo las trasponga, buscando los muertos ecos...
Felpa del prado saluda, rumor de brisa conduce;
raíz fina de mi canto alarga en guías de luz
la alegría del regreso.

(De "Geografía Azul", 1948.)



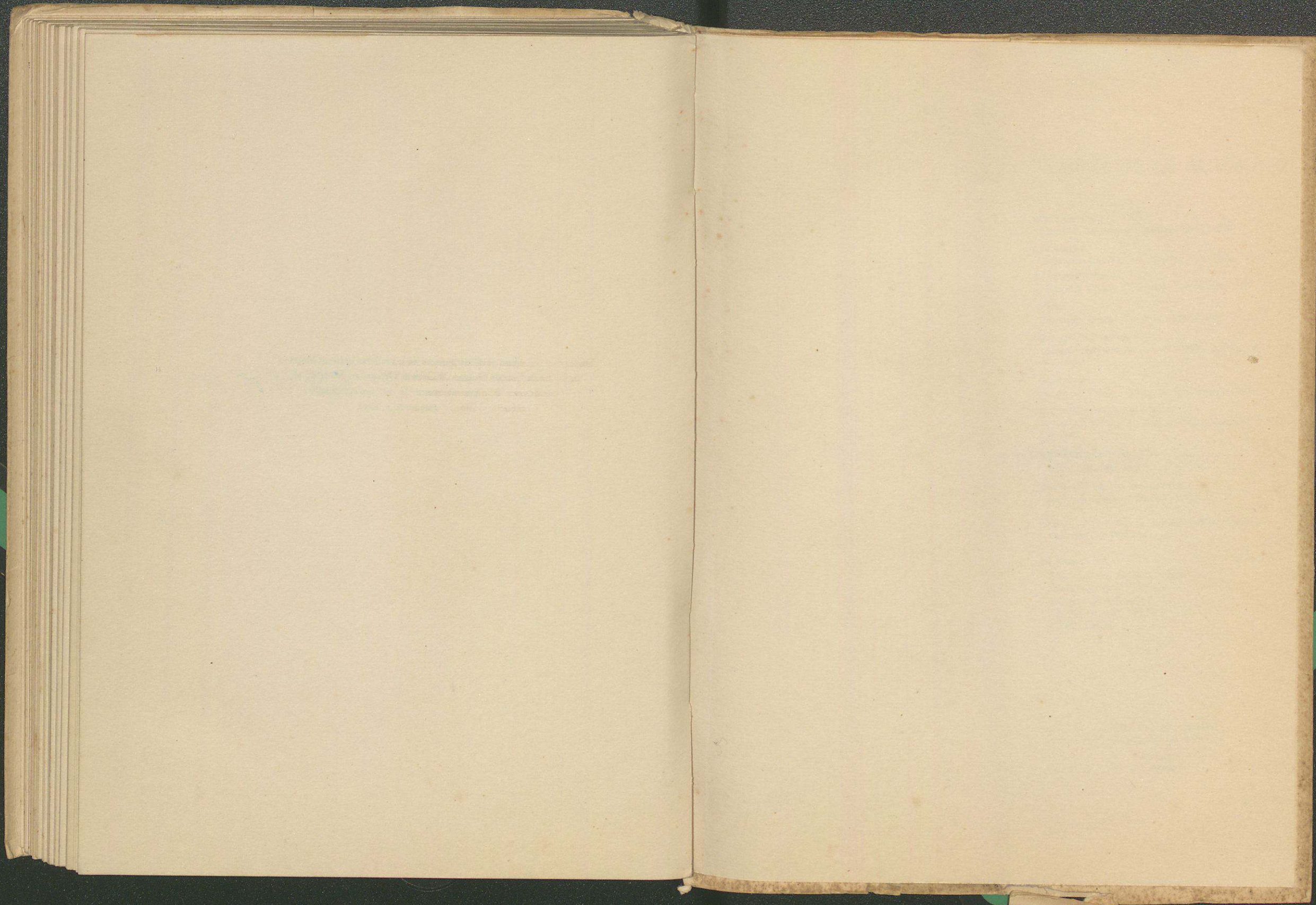
AGNES VAN DEN BRANDELER

TAMBIÉN ahora es Agnes van den Brandeler, la insuperable artista holandesa, quien ilustra, en forma deliciosamente tierna, este libro en el que Stella Corvalán, fatigada ya del ascensional y cósmico vuelo, tiende hacia su nativa ciudad una nostálgica mirada, relatándonos su infancia con sincera y emocionante sencillez. Apenas se la reconoce en esa niña absorta y solitaria, que gira en su pequeño mundo poblado de fantasías. Y justamente es éste el que ha logrado captar Agnes van den Brandeler, con feliz acierto, para ofrecérselo en sutiles y admirables trazos. Y si supo antes plegarse al multiforme viento y dar luego una notable y subjetiva visión de aquel vasto universo cantado por la poetisa chilena, en "Sinfonía de la Angustia", es hoy con idéntica jerarquía artística, que realiza ésta su nueva interpretación.

ÍNDICE

	<i>Págs.</i>
PALABRAS DE LA AUTORA	13
I.—Mi ciudad natal	17
II.—Compensación	25
III.—El Buen Pastor	33
IV.—La visita	41
V.—Navidad	45
VI.—Terremoto	53
VII.—La carreta	61
VIII.—Juegos	67
IX.—Mi primo Luis	75
X.—El patio	83
XI.—El banquete	91
XII.—La plaza	97
XIII.—El carnaval	101
XIV.—El colegio	107
XV.—El puente	115
XVI.—El cartero	123
XVII.—La bolsita azul	129
XVIII.—Sor Evangelina	137
XIX.—Dos casas... y otra más	145
XX.—La abeja	151
XXI.—Frutas, pájaros y canciones	159
XXII.—La Divina Señora	165
XXIII.—La cuerda	173
XXIV.—Mis compañeras	181
XXV.—Ballet y estatuas	189
XXVI.—Luto	197
A TALCA	203
REGRESO A TALCA	205
AGNES VAN DEN BRANDELER	209

Esta obra fué impresa en los talleres gráficos MINERVA
de D. José de Celorio Ortega, en Madrid, el
mes de enero de mil novecientos
cincuenta y siete.



OBRAS DE LA AUTORA

SOMBRA EN EL AIRE

Editorial El Ateneo, Buenos Aires, 1940.

PALABRAS

Imprenta Universitaria, Santiago de Chile, 1943.

ROSTROS DEL MAR

Imprenta Gaceta Comercial, Montevideo, 1947.

ALMA

Imprenta Diana, Valencia, España, 1948.

GEOGRAFIA AZUL

Escuela Nacional de Artes Gráficas, Santiago de Chile, 1948.

AMPHION

Imprenta Gaceta Comercial, Montevideo, 1949.

RESPONSO DE MI SANGRE

Escuela Nacional de Artes Gráficas, Santiago de Chile, 1950.

SINFONIA DEL VIENTO

Insula, Madrid, 1951.

SINFONIA DE LA ANGUSTIA

Imprenta Minerva, Madrid, 1955.

Próximo a aparecer en Santiago de Compostela:

JARDIN DE PIEDRA.

En preparación:

CARNET DE HORIZONTES.

SINFONIA DEL AGUA.

MEMORIA VEGETAL.

SINFONIA DEL FUEGO.

ANTOLOGIA.

Distribuidor exclusivo:
JOAQUIN DE OTEYZA
Alcántara, 13
MADRID

(Al dorso)

